

Didaje

Revista para la formación y el acompañamiento de las iglesias cubanas

No. 19

enero-junio, 2021
NUEVA ÉPOCA

¿Es lo mismo protestante que evangélico?

La espiritualidad para el mundo de hoy

Relevancia y actualidad del libro de Isaías

¿Fe en las crisis o crisis de fe? La decisión es nuestra

Cómo hacer educación cristiana ecuménica

La Cuba del futuro huele a esperanza

Los jardines de la Biblia

Juan Ramón de la Paz: amor a la patria,
al ser humano y a la iglesia

Soñar, luchar, vivir: un libro
para la memoria y la esperanza

Permanezca el amor fraternal [Mensaje del Consejo
de Iglesias de Cuba en ocasión de su 80º aniversario]

Didajé

Revista para la formación y el acompañamiento de las iglesias cubanas

Fundada en 1998
Publicación semestral

Director
Carlos Emilio Ham Stanard

Editora General
Beatriz Ferreiro García

Editora
Cecil Canetti Morales

Diseño gráfico
Arnulfo Espinosa

Revista orientada a la formación y actualización de conocimientos de pastores y laicos en temas bíblicos, teológicos, antropológicos y pastorales.

Ocasionalmente publica resúmenes de talleres, jornadas y demás eventos auspiciados por el Seminario Evangélico de Teología de Matanzas.

Las opiniones expresadas en este número representan las ideas de los autores, con las que no necesariamente coincide la institución patrocinadora.

Inscrita en el Registro Nacional de Publicaciones Seriadas con el número 0506. ISSN 2307-3861.

Suscripción anual

Cuba	10.00 pesos
América del Norte	15.00 USD
América Latina	10.00 USD
Europa	15.00 USD
Resto del mundo	20.00 USD

Pedidos a:

Seminario Evangélico de Teología
Apartado Postal 1439.
Matanzas. 40100
Matanzas, CUBA

Teléfono: (53) 45290575
C-electrónico: cubateologica@seminario.co.cu
Website: www.revistas.setcuba.org

Didajé

No. 19

enero-junio, 2021
NUEVA ÉPOCA

Presentación **3**

Beatriz Ferreiro García

¿Es lo mismo protestante que evangélico? **5**

Reinerio Arce Valentín

La espiritualidad para el mundo de hoy **9**

Francisco Rodés González

Relevancia y actualidad del libro de Isaías **19**

Francisco Marrero Gutiérrez

¿Fe en las crisis o crisis de fe? La decisión es nuestra **27**

Daylín Rufín Pardo

Cómo hacer educación cristiana ecuménica **33**

Nelson Dávila Rodríguez

La Cuba del futuro huele a esperanza **39**

Julio Pernús

Los jardines de la Biblia **44**

Daniel Montoya Rosales

Juan Ramón de la Paz: amor a la patria, al ser humano y a la iglesia **48**

Amós López Rubio

Soñar, luchar, vivir: un libro para la memoria y la esperanza **50**

Cherie R. White

Permanezca el amor fraternal [Mensaje del Consejo de Iglesias de **55**

Cuba en ocasión de su 80º aniversario]

De los autores

REINERIO ARCE VALENTÍN. Teólogo y presbítero gobernante de la Iglesia Presbiteriana-Reformada en Cuba. Doctor en Teología por la Universidad de Tubinga, en Alemania. Ejerce la docencia en el Seminario Evangélico de Teología de Matanzas, donde, además, es vicedecano para el Instituto Superior Ecuménico de Ciencias de las Religiones, de La Habana. Entre sus libros se encuentran *Religión: poesía del mundo venidero. Implicaciones teológicas en la obra de José Martí* (1996) y *40 años de testimonio evangélico en Cuba* (2000).

FRANCISCO RODÉS GONZÁLEZ. Pastor de la Fraternidad de Iglesias Bautistas de Cuba y profesor de Historia de la Iglesia en el Seminario Evangélico de Teología. Es director del Centro Kairós, para las artes, la liturgia y el servicio social, de Matanzas. Autor de los libros *Centenario. Una historia de fe. Apuntes para una historia de la Iglesia Bautista de Matanzas* (1999), así como *Y me seréis testigos. Un acercamiento a la evangelización y la misión desde Cuba* (2004).

FRANCISCO MARRERO GUTIÉRREZ. Pastor e historiador de la Iglesia Presbiteriana-Reformada en Cuba. Licenciado en Economía por la Universidad de La Habana, y graduado de licenciado y máster en Teología por el Seminario Evangélico de Teología de Matanzas, donde enseña Antiguo Testamento. Edita la revista *Heraldo Cristiano*, órgano oficial de los presbiterianos cubanos. Autor de *Laudate Dominum. Recursos para la liturgia del Día del Señor* (2003).

DAYLÍNS RUFÍN PARDO. Pastora de la Fraternidad de Iglesias Bautistas de Cuba. Licenciada y máster en Teología por el Seminario Evangélico de Teología de Matanzas. Es profesora del Departamento de Biblia del propio seminario y del Instituto Superior Ecuménico de Ciencias de las Religiones, en La Habana. Además, es especialista del Área de Articulación Ecuménica, Fe y Sociedad del Centro Oscar Arnulfo Romero. Es compiladora de *Re-encantos y re-encuentros: caminos y desafíos actuales de las teologías de la liberación* (2018) y autora de *Vers.o.s. Poesía* (2021).

Presentación

Estimado lector:

Desde hace casi una década, *Didajé* publica en su primer número del año lo presentado en la jornada teológica del Seminario de Matanzas. Sin embargo, esta vez ese evento no pudo celebrarse tal y como estaba previsto a causa de la pandemia del coronavirus, y ello también supuso un cambio en nuestra publicación. Le invitamos entonces a examinar esta variada colección de lecturas que ofrece un espacio a fieles colaboradores y temas de gran interés.

El reconocido teólogo Reinerio Arce aborda y aclara las diferencias entre los términos *protestante* y *evangélico*. Con Francisco Rodés recorreremos la espiritualidad en el mundo actual y los “muchos caminos diferentes que conducen a ella”. El biblista Francisco Marrero nos habla de la relevancia y actualidad del libro de Isaías —que sigue teniendo, para nosotros, un apremio y un valor extraordinarios—, y la pastora Daylín Rufín revela varios aspectos de la fe, que “es una gracia, un misterio, una energía que nos impulsa a salir de las crisis y tomar la decisión de avanzar en la vida”. Por otra parte, aprendemos de Nelson Dávila cómo hacer educación cristiana ecuménica, mientras que el comunicador Julio Pernús nos lleva a imaginar el futuro de Cuba, que “huele a esperanza”.

Visitamos con el profesor Daniel Montoya los jardines de la Biblia, y con Amós López la vida de Juan Ramón de la Paz, clérigo episcopal cubano recientemente fallecido. Pero también acogemos voces como la de Cherie White, autora de un texto que nos adentra en

el libro *Soñar, luchar, vivir. Una teología desde la praxis y la visión de una mujer cubana*, de Ofelia Ortega, editado en 2020 por Casa Unida de Publicaciones.

Por su parte, los reverendos Antonio Santana y Joel Ortega, presidente y secretario ejecutivo, respectivamente, del CIC, haciéndose eco de Hebreos 13,1, en un documento redactado con motivo del 80° aniversario del Concilio Cubano de Iglesias Evangélicas (actual Consejo de Iglesias de Cuba, CIC)—“Permanezca el amor fraternal”—, nos invitan a que “sea el amor lo que prime entre hermanas y hermanos de la familia extendida que conformamos las personas seguidoras del mensaje de Jesucristo. Ese amor que llama a la solidaridad, que ayuda a superar barreras, a enfrentar las dificultades, a permanecer juntos más allá de las diferencias y los temores; ese que, en definitiva, nos acerca más al Dios que permanece siempre con nosotros, dándonos su bendición”.

Esperemos que así sea.

Beatriz Ferreiro García

Editora General

¿Es lo mismo protestante que evangélico?

Reinerio Arce Valentín



En los países de habla hispana, los términos *protestante* y *evangélico* suelen emplearse como sinónimos para designar a las iglesias no católico-romanas ni ortodoxas; pero también se les atribuyen significados diferentes. Así, a las llamadas iglesias históricas surgidas en los siglos XVI y XVII como resultado de la Reforma protestante y la separación de la Iglesia católica —luteranas, calvinistas y anglicanas— se las reconoce según el primer término, y se definen como evangélicas las que aparecieron posteriormente por las divisiones dentro de ese movimiento, sobre todo en los Estados Unidos, donde también, por lo general, se establece la distinción entre protestantes y evangélicos o evangélicos. Lo mismo en Canadá, por ejemplo, mientras que en Alemania se identifican como evangélicas a las iglesias luteranas y reformadas, para diferenciarlas de la católico-romana.

La Reforma protestante fue promovida en Alemania en el siglo XVI por Martín Lutero, precursor de las iglesias luteranas. Por su parte, Juan Calvino y Ulrico Zuinglio desarrollaron la tradición reformada en Suiza, de donde se nutrieron las iglesias reformadas

y presbiterianas de Escocia, lideradas por John Knox. Y en Inglaterra, uno de los grandes reformadores fue Thomas Cranmer, arzobispo de Canterbury (1533-1556) durante el reinado de Enrique VIII, cuando se produce la separación con la Iglesia de Roma y surge la Iglesia anglicana, devenida Iglesia episcopal en Estados Unidos después de la independencia. Thomas Cranmer escribió junto a algunos de sus colegas, cuarenta y dos artículos de fe, probablemente uno de los documentos más importantes de la Reforma. En muchos sentidos, ellos resumen el pensamiento teológico de las iglesias que formaron parte de ese movimiento, y sirvieron como referencia para la aprobación, en 1563, de los “Treinta y nueve artículos de la religión” de la Iglesia anglicana.

Aunque todas estas iglesias han sido comprendidas dentro del protestantismo histórico, en el caso de la Iglesia de Inglaterra muchos no la incluyen, por haber sido la Reforma allí algo distinta del resto de Europa, sobre todo en su proceso de ruptura con la Iglesia católica romana.

Dentro del protestantismo, por otra parte, también se incluyen las que se separaron de la Iglesia romana antes de la Reforma, como la Iglesia valdense —fundada en el siglo XII por Pedro Valdo, iniciador del movimiento cristiano de los Pobres de Lyon— y el movimiento husita —aparecido en Bohemia en el siglo XV bajo el liderazgo del reformador Juan Huss, ajusticiado en la hoguera en 1415—. Los valdenses fueron violentamente perseguidos, sobre todo en el siglo XVII en los valles valdenses de Piamonte, al norte de Italia. En cuanto a los husitas, hoy la Iglesia husita checoslovaca considera a Juan Huss su predecesor y fuente de inspiración.

Otra figura prominente que a través de sus numerosas obras influyó en los reformadores posteriores, e incluso en Juan Huss, fue el inglés Juan Wiclef, primer traductor de la Vulgata al inglés. Su pensamiento y crítica al catolicismo romano tuvieron un gran impacto también en el movimiento anabaptista y en el propio Martín Lutero. Wiclef organizó el movimiento lolardo y los predicadores itinerantes en Inglaterra para llevar adelante las nuevas maneras de entender la fe cristiana y dar a conocer la Biblia en el idioma del pueblo.

A la hora de abordar el proceso histórico de la Reforma, es preciso señalar la participación destacada de mujeres como Catalina de Bora, compañera de Lutero, quien participó activamente en la impresión de la obra de su esposo, así como de las tertulias teológicas ofrecidas en el hogar de ambos. Una importante figura en Ginebra fue Marie Dentière, cuyo nombre está grabado en el Monumento Internacional de la Reforma, de esa ciudad.

Los cinco pilares teológicos del protestantismo son: 1) frente a la tradición, solo la autoridad de la Biblia; 2) la salvación solo a través de Jesucristo, 3) solo por la Gracia de Dios, 4) solo por la fe y, por último, 5) solo a Dios la Gloria. Otro aspecto que adquiere hoy relevancia es el sacerdocio universal de los

creyentes, que no establece jerarquías dentro de los miembros de las iglesias, sino que estos se diferencian unos de otros según sus ministerios. Al decir de los protestantes franceses, “todo cristiano es un papa con la Biblia en la mano”.

Un movimiento cercano a la Reforma, del que hicimos mención, es el anabaptista, dentro de lo que se identificó como el movimiento entusiasta, también denominado movimiento o reforma radical. El término anabaptista significa “los que bautizan de nuevo”. Los llamaban así, incluso despectivamente, porque no practicaban el bautismo de infantes. Fueron perseguidos por las mismas iglesias de la Reforma, y muchos de ellos condenados y asesinados en la hoguera o ahogados en los ríos. Se organizaron en distintos grupos, como los amish, huteritas, menonitas, Iglesia de los hermanos, entre otros. En su mayoría emigraron a los Estados Unidos en el siglo XVIII, y de allí a Canadá.

Asimismo, la Iglesia bautista fue organizada en Holanda en 1602 por el pastor inglés John Smyth, quien había roto en Inglaterra con el anglicanismo por diferencias teológicas y eclesiológicas, sobre todo en lo relacionado con la absoluta autoridad de la Biblia, el bautismo de infantes, y por su forma de entender la organización de la institución. La Iglesia bautista se expandió a Inglaterra, donde fue organizada por Thomas Helwys, y después a Estados Unidos en 1638, fundada allí por Roger Williams.

El movimiento evangélico, evangelista o evangelical —se puede identificar con cualquiera de estos nombres—, es una corriente posterior de “avivamiento” que surge dentro del protestantismo histórico. Ha originado la organización de nuevas iglesias a lo largo del tiempo. Desde lo teológico, además de los cinco pilares de la Reforma protestante, hace énfasis en la centralidad de la experiencia de la conversión como “un nacer de nuevo”, momento en que se recibe la salvación, la sanación y el bautismo del Espíritu Santo. Este movimiento ganó gran impulso en los siglos XVIII y XIX, en Estados Unidos e Inglaterra, con el Primer y Segundo Gran Despertar. Algunos trazan sus orígenes hasta el metodismo en Inglaterra, la Hermandad de Moravia en Alemania con el obispo Nicolaus Zinzendorf, y señalan la influencia del pietismo luterano.

George Whitefield, líder metodista, es considerado el más destacado del denominado Primer Gran Despertar de las iglesias evangélicas en los Estados Unidos. Sobresalió por su forma de predicar. Se distanció de los hermanos Wesley por diferencias doctrinales. Junto a él, Jonathan Edwards fue el líder del Gran Avivamiento, en 1740. Este defendió el valor de los efectos corporales en la conversión, como la pérdida de conciencia, temblores, etc., llegando a afirmar que no hay conversión sin ellos. A estos nombres puede añadirse, a finales del siglo XIX y principios del XX, el de William J. Seymour, considerado por algunos como el iniciador en Estados Unidos del pentecostalismo.

Otro hecho notable es que aunque algunas nuevas iglesias o grupos neopentecostales quieren distanciarse de las iglesias de la Reforma, presentándose como la verdadera iglesia oculta y perseguida —el remanente bíblico—, muchos, sin embargo, reconocen sus raíces en los antecedentes de la Reforma protestante.

Es importante conocer tanto la evolución histórica dentro del protestantismo como sus diferencias eclesiológicas, teológicas y misiológicas con los evangélicos, ya sea en la forma de practicar la adoración o en la aproximación al estudio de la Biblia, bien desde las lecturas literalistas, las interpretaciones alegóricas, la práctica de la fe tomando como referencia estas lecturas, así como los análisis hermenéuticos para tratar de entender qué nos dice hoy el texto bíblico, y hasta contextuales, en un esfuerzo por conocer el escenario, la intención del redactor del documento y a qué grupo de personas estaban dirigidos esos escritos. Esta diversidad de aproximaciones es determinante en la manera como las iglesias hacen su teología y se proyectan en su trabajo social y formas de entender las realidades económicas y políticas, o sea, en cómo una denominación o familia confesional entiende su misión.

Distinguir entre *protestante* y *evangélico* permite comprender la raíz de las disímiles posiciones de las iglesias en la actualidad, no solo desde el punto de vista teológico, sino sobre todo en sus concepciones misiológicas y, por lo tanto, en sus enfoques sociales y políticos, sus alianzas, dentro de los respectivos contextos donde se insertan. En Cuba, aunque es común identificar como evangélicas a todas las denominaciones que conforman el movimiento protestante en el país, dada la complejidad de nuestra realidad actual y la diversidad de nuevas iglesias y grupos, se hace necesaria tal distinción entre las diferentes corrientes. ♦

La espiritualidad para el mundo de hoy

Francisco Rodés González



*Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón,
porque de él mana la vida.*

PROVERBIOS 4,3

Al margen de la apariencia de satisfacción materialista del mundo actual, hay señales persistentes de la incapacidad de la diversión consumista de tecnologías para saciar en mucha gente la sed de sentido de la vida. La inyección de optimismo que los sorprendentes inventos procuran brindar, a la larga causa aburrimiento y es necesario poblar el mercado de nuevas atracciones. La comunicación social ha conectado a todo el mundo en una red en la que pareciera que nadie está aislado, pero la soledad más pavorosa es una realidad para millones de seres. Hay una realidad virtual que pretende ocultar la vida real de pueblos sumidos en la violencia, cuyas existencias transcurren en la más miserable de las condiciones. El nuestro sigue siendo el mundo “ancho y ajeno” de **Ciro Alegría**.

Las señales de insatisfacción provocan una búsqueda de horizontes nuevos. Más allá del bienestar material, la interioridad del ser humano lo impulsa a la espiritualidad, la armonía y la paz. Esta demanda en

ocasiones se expresa en la poesía y el arte joven, que no se limita a mero adorno, porque surge de los latidos más profundos del corazón. No hay un lenguaje racional que pueda expresar las más vehementes honduras e indagaciones. Lamentablemente, a veces el camino se tuerce hacia la evasión, las drogas o el alcohol, como respuesta a un entorno agobiante. El secularismo materialista es el producto de una concepción individualista, esencialmente egoísta, que endiosa el dinero como finalidad de la existencia. Ese modelo de vida está en crisis.

La América Latina

La generación de cristianos latinoamericanos de las décadas de los sesenta a los ochenta del siglo pasado vivió una espiritualidad profunda y movilizadora. Su eje era el amor expresado en formas concretas y efectivas, bajo el concepto del “amor eficaz”. Era una espiritualidad de compromiso en la construcción de estructuras sociales que garantizaran la justicia y la libertad para los pueblos oprimidos por el poder económico dominante: el problema del hambre, las enfermedades y el analfabetismo se resolvería cuando se alcanzaran cambios políticos radicales. Ciertamente, fueron años de heroísmo en los que se sacrificaron muchas vidas, especialmente de jóvenes talentosos y llenos de sueños. Sin embargo, la realidad brutal se impuso a la utopía: hubo miles de desaparecidos en los países donde surgieron dictaduras militares que no dudaron en emplear la tortura y el asesinato, y hasta un obispo católico, hoy convertido en santo —monseñor Romero, de El Salvador—, sufrió el martirio mientras ofrecía la comunión.

Por supuesto, como creemos los cristianos, la sangre de los mártires nunca se derrama en vano. De alguna manera florecerá un día el sueño hecho realidad; la historia tiene su marcha indetenible, aun por los mayores obstáculos. Pero la realidad ha de enfrentarse con honestidad. La sociedad que se esperaba construir está mucho más distante de lo que se pensó. La tierra prometida, como en los tiempos de Moisés, está poblada de temibles gigantes. Una espiritualidad de heroísmo no es suficiente para cambiar el mundo. Debemos mirar de frente la situación compleja de nuestra tierra latinoamericana, y comprender que el poder económico mundial mueve sus hilos motivado solo por el interés de ganancia, sin importar el clamor de las multitudes. Se ha endurecido la dominación no solo económica, sino también del poder mediático, que condiciona aun la mente de las víctimas de la opresión.

Esta es la realidad global que ha provocado diversas actitudes. Unos se han refugiado en los intereses exclusivamente personales, preocupados solo por lo que toca a su bienestar familiar. Otros se han vuelto cínicos, cambiando la

utopía por una gerencia bien pagada en una corporación extranjera, mientras continúan usando el mismo discurso progresista.

¿Cuántos creen aún en la utopía de un mundo de justicia para todos? ¿Cuántos no se han dejado corromper por beneficios inmediatos? No debemos ser absolutos en nuestras conclusiones. Hay todavía una honrosa pléyade de personas que viven una espiritualidad sorprendente, sirviendo a los demás con desinterés y sacrificio (médicos y maestros, solo por mencionar los más visibles). Ejemplos honrosos los tenemos en nuestro país, que nos dicen que no todo está perdido.

Pero estos ejemplos no niegan la realidad de que lo que se impone en esta parte del mundo es la pérdida de sentido, el abandono de la utopía, la búsqueda en la vida privada de una salida personal.

Hay que reconocer que fue el brasileño Rubem Alves quien a finales de los años setenta propuso una respuesta a esta situación con la vuelta a la auténtica espiritualidad cristiana. Una espiritualidad que no evade la realidad ni traiciona el compromiso social, sino que redimensiona la misma lucha, su continuación, en lo que llama una “espiritualidad de resistencia”. Él usa el símil de la capacidad que tienen ciertos seres vivos para recubrirse de una cápsula y sobrevivir al clima hostil, hasta que cambia el ambiente y la vida brota de nuevo.

Tal vez este ejemplo de Alves no sea el más ilustrativo en cuanto a la espiritualidad de resistencia, porque pareciera que el aislamiento del medio es la solución. El énfasis que él quiere resaltar es la capacidad de resistir el ambiente agresivo, no dejarse vencer por la corriente de moda. Es lo que san Pablo de alguna manera dice cuando expresa: “No os conforméis a este siglo, sino transformaos por la renovación de vuestro entendimiento” (Ro 12,2). Ante un mundo que impone una cultura de consumismo irrefrenable, que promueve estilos de vida egocéntricos, solo una resistencia afincada sobre la roca puede sobrevivir.

Las fuentes antiguas

Cuando en el siglo IV el cristianismo fue asumido por el imperio constantiniano, muchos cristianos sintieron que la iglesia iba cautiva de este poder mundano, obligada a ser su instrumento ideológico. Por eso, cientos de seguidores de Jesús abandonaron los privilegios y se refugiaron en lugares aislados para practicar un estilo de vida caracterizado por la sencillez, la comunidad y el servicio. Una espiritualidad enraizada en la vida auténtica les dio sentido y de allí brotó una sabiduría que era buscada por los que se sentían desorientados y abatidos. Hay que reconocer que la negación de los placeres les llevó en algunos casos

a extremos que no eran saludables y que no son un modelo para nosotros hoy. Pero con todos los errores, el camino de la espiritualidad fue un faro orientador en los oscuros años que la iglesia vivió posteriormente. Varias tradiciones de espiritualidad surgidas a través de los siglos, todavía siguen provocando y señalando un camino de resistencia y renovación. Entre ellas podemos destacar la orden fundada por san Francisco de Asís, que es una inspiración cuando se habla de sencillez, amor, cuidado de la naturaleza y compasión.

Vale la pena para los cristianos de este milenio preguntarnos por estas antiguas tradiciones que hemos desdeñado y que pueden ayudarnos a bregar con el materialismo y la desesperanza. La utopía de un mundo donde mora la justicia no ha muerto para el que tiene raíces profundas en la espiritualidad. Quizás no fuimos lo suficientemente radicales en el pasado, tratando de cambiar el mundo sin haber cambiado nosotros mismos desde nuestro ser interior. La pureza interior, el amor incondicional y la armonía espiritual van unidos. Tal vez necesitamos empezar a descubrir el mundo nuevo en las cosas pequeñas que nos presenta la vida diaria, y no solo en los grandes eventos.

La espiritualidad desde lo sencillo

El reverendísimo Alan Jones, exdeán de la Grace Cathedral, de San Francisco, California, y autor de un libro de espiritualidad, narra su experiencia de búsqueda en un viaje por todo el mundo, experimentando diferentes expresiones en los centros religiosos más célebres de las distintas religiones. Finalmente, en su periplo, llegó al antiguo monasterio egipcio de San Macario, de la iglesia copta, ubicado a unos cien kilómetros al noroeste de El Cairo y fundado en el 360 por san Macario de Egipto.

Cuenta Alan que fue recibido por un viejo monje, el padre Jeremías. En sus ojos observó la expresión de una simplicidad apostólica. Percibió dos cualidades: compasión y sabiduría. Experimentó una forma de hospitalidad que consiste en recibir a otros —sean creyentes o no— como si fueran posibles mensajeros de Dios, como sus vivas imágenes.

El padre Jeremías le dio tres regalos. En el camino hacia el comedor había un estante con flores: una rosa, un jazmín y una dalia. “Nosotros los seres humanos, dijo, necesitamos cosas que eleven nuestro espíritu y amplíen el corazón”, y le entregó las flores. Ya en el comedor, le brindó una comida sencilla, pero caliente y nutritiva. La espiritualidad no ignora las necesidades básicas —pensó Jones—, y este fue el segundo regalo. Al final, le brindó tres frasquitos con aceite para ungir enfermos: “Aquí tienes, hermano, para tus heridas, y para las de tus hermanos. Todos necesitamos el poder sanador de Cristo”, reflexionó. Y así

el visitante abandonó aquel sencillo monasterio con la sensación de que había entrado en un plano de espiritualidad y belleza no conocido en Occidente.

La espiritualidad no se puede describir con facilidad, porque hay caminos diferentes que conducen a ella y cada persona ha de encontrar su propio sendero. Sabemos que el materialismo egoísta y la violencia son lo opuesto, que somos formados por nuestra propia historia de vida, marcada en muchas ocasiones por la carencia de amor. Sobre esta realidad propia es que se ha de construir la nueva casa.

Numerosos hombres y mujeres del pasado son una referencia en este caminar. Tal vez no podamos trasladarnos a lugares tranquilos y apropiados para la meditación; nuestra espiritualidad se edifica en medio del bullicio de las calles, con el televisor del vecino molestando, con los apuros y sinsabores cotidianos; pero cuando un corazón está abierto, porque no está satisfecho y busca algo más que dé sentido a su vida, las puertas se abren hacia el manantial que siempre fluye con agua fresca y nuevas energías.

Algunos elementos de esta espiritualidad para nuestro mundo de hoy

1. Una espiritualidad que aún siga insistiendo en la venida del reino de paz entre nosotros, y que crea que la utopía se construye a partir de gente sencilla, al margen del poder y las grandezas mundanas.
2. Una espiritualidad con una fresca mirada al mundo a nuestro alrededor, abierta a la mirada de los demás, capaz de aceptar las diferencias y de ir a la unidad en lo profundo del corazón. El rostro de Dios se refleja en los ojos de mis hermanos, en la sonrisa de un niño y en la mano amiga.
3. Una espiritualidad que no se aleje del mundo, sino que aporte una manera distinta de estar en él. Esta presencia se cultiva en el diario vivir, cuando se vive el amor incondicional de Dios.
4. Una espiritualidad que no conduzca a la soledad, sino a la solidaridad, a la hermandad y al encuentro con el otro; que contribuya a la paz y la reconciliación entre los grupos y los pueblos, y construya una cultura de paz en comunidad, donde irradie el amor.
5. Una espiritualidad que no abandone del todo los rasgos de una inocencia infantil que cree en los sueños y está abierta a los misterios y la gracia de Dios.
6. Una espiritualidad que acepte la realidad material de la corporalidad de la existencia humana. (Un buen plato de sopa servido con amor es un gesto de espiritualidad, pero no está cautiva del materialismo consumista.)

7. Una espiritualidad transformadora y crítica de los antivalores que se imponen en la sociedad, que no se conforme y tome distancia de las alianzas con los poderes del mundo, sus instituciones, honores y privilegios.
8. Una espiritualidad crítica de sí misma y de las imágenes propias que nos construimos de lo sagrado. (Todo apego a determinada concepción de la divinidad, sea una fórmula, doctrinas o teología, puede convertirse en un ídolo manipulable a nuestros intereses.)
9. Una espiritualidad que aprende a hacer silencio ante el misterio, abandonando todo pensamiento prefijado, creyendo en un Dios que está por encima de todo lo que podamos pensar.

Empezar a sentir la necesidad de una espiritualidad que dé sentido a la vida es ya estar en el camino. Lo místico se refleja en todo lo que nos rodea, la creación y los gestos de amor. Sin embargo, no es una “tarea” más que hay que hacer, tal vez es un alto en la tarea para dejar quietamente que la brújula nos indique el camino. Como tal, es un regalo de Dios al cual atendemos bien cuando dejamos que se apodere de nuestra existencia y expulse las sombras del corazón.

Esta espiritualidad de resistencia es la misma que Pablo conoció cuando expresa:

Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros, que estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos; llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos (2 Co 4,7-10).

Una iglesia renovada

Crear comunidades de auténtica espiritualidad es el desafío de la iglesia en América Latina. Estamos ante un gigantesco reto, pues hay que cambiar los viejos paradigmas. La minoría que heroicamente se abrió paso en un continente con una cultura católica arraigada desde la conquista de los europeos, enfrentando el estigma de extranjerizante y ajena a la identidad latinoamericana, ya ha ido quedando atrás. La religiosidad popular evangélica, con sus variados matices, no solo ha penetrado los sectores marginados de la sociedad, sino también las clases medias. Ha alcanzado un peso social nada despreciable, y los políticos están obligados a contar con ella. Las megaiglesias se multiplican con estrategias y tecnologías de mercado que incluyen una oferta de solución a los problemas. Con un marcado énfasis en la música congregacional y las emociones, satisfacen

las necesidades de una población insegura en una época de desplazamientos sociales, incertidumbre y frustración.

Por su parte, sectores de las iglesias protestantes tradicionales han sucumbido a la tentación del éxito numérico, y no han faltado las divisiones dentro de estas iglesias por la introducción de un carismatismo que arrasa con viejos estilos de adoración. Arguyen los neopentecostales que se trata de un avivamiento al estilo de los ocurridos en tiempos pasados, cuando las iglesias se estancaron en ritos y ceremonias vacías. Es cierto que la música y el manejo de la fibra emocional logra atraer más personas que los cultos forjados en el molde europeo, con más carga intelectual y formalidad litúrgica.

Pero podemos preguntarnos, ¿es esta evolución del protestantismo latinoamericano señal de una espiritualidad auténtica y renovada? ¿Hay frutos positivos y evidentes en la sociedad latinoamericana? ¿Cuánto ha contribuido al mejoramiento ambiental, a la superación de la corrupción social, a la crítica de las desigualdades sociales, de la pobreza y marginación?

No podemos negar que muchas personas han salido de la adicción al alcohol, las drogas, y de una vida desordenada, encontrando en las comunidades evangélicas sentido para sus vidas. Esto es un hecho innegable por el cual hay que estar agradecidos siempre. Es una contribución positiva a la sanidad social. Pero cuando se hace un balance del impacto de esta espiritualidad en la sociedad latinoamericana, es necesario tomar toda la realidad, no solo en sus aspectos edificantes, sino en aquellos menos positivos. Veamos un caso.

Colombia

A principios de este siglo, viajé a Colombia y tuve la oportunidad de visitar iglesias evangélicas, pero en especial una iglesia de mi denominación, de las llamadas históricas. Evidentemente, había ocurrido esa evolución a las formas neopentecostales que mencioné anteriormente. Era domingo y el templo estaba completamente lleno; alrededor de ochocientas personas cantaban y oraban con fervor. Me impresionó el ambiente entusiasta y la participación de un cuerpo de jóvenes danzarinas que avanzaban por los dos pasillos ejecutando con gracia su arte. En la plataforma, el pastor intervenía en prédicas que brotaban espontáneas en distintos momentos. Llegó a expresar su satisfacción por el éxito de su congregación —“ya los pentecostales no pueden decir que son los únicos que tienen el Espíritu”—. Más adelante, dijo algo que me desconcertó profundamente, porque se refirió al terremoto que días antes había destruido parte de El Salvador, causando más de doce mil muertos. Pero el predicador no se refirió a la tragedia, sino al hecho de que el Dios que los cristianos adoran ¡es

poderoso para estremecer la tierra! Me pareció un gesto de descomunal falta de sensibilidad. Pensé para mí: “definitivamente no creemos en el mismo Dios”.

El crecimiento numérico encanta a muchos evangélicos que han padecido el complejo de minoría pobre y marginada. La búsqueda del éxito, de la visibilidad social, a veces demasiado ruidosa para el vecindario, ha convertido a muchas iglesias en espacios teatrales manejados por un hábil maestro de escena. Y la teología de la prosperidad ha venido a completar el menú, con la propuesta de un dios usurero que ofrece riquezas a cambio del dinero de los pobres.

Si esta experiencia particular pudiera considerarse sesgada por prejuicios, lo sucedido en Colombia en años más recientes es irrefutable motivo de preocupación. El país que ha sufrido la guerra interna más larga de la historia latinoamericana —con el desplazamiento de millones de personas y el holocausto de miles de campesinos—, parecía ponerle fin gracias a trabajosas negociaciones. Se firmó la paz con la presencia de observadores internacionales, una verdadera fiesta de paz. Pero faltaba la confirmación de un referendo. En la red de medios sociales empezó una campaña para desvirtuar el acuerdo, y uno de los temas que se mencionó fue que este daba pie para el reconocimiento de los derechos de los homosexuales. Ello fue suficiente para que el sector evangélico, haciendo prevalecer sus posturas homofóbicas, desestimara la importancia de la paz anhelada. El voto evangélico tuvo, según los analistas, un peso definitivo en el rechazo del acuerdo de paz. ¡La paz no es prioridad para los evangélicos! ¿No es esto preocupante? ¿Estaríamos satisfechos con esa espiritualidad?

No es necesario abundar en otros ejemplos parecidos. El diagnóstico de la espiritualidad evangélica latinoamericana deja mucho que desear. La suplantación de la ética de Jesús por un moralismo superficial, el divisionismo, el apego a líderes autoritarios y a estructuras verticales de obediencia ciega, su emocionalismo individualista y ajeno a la realidad, desanima al observador más imparcial.

No obstante, a pesar de la impresión negativa que nos causa este sombrío espectáculo, no se debe hacer un juicio absoluto de una realidad compleja y dinámica. Constantemente ocurren inesperados acontecimientos que nos hacen renacer a la esperanza, que sin abandonar la cautela nos advierten que el Espíritu “sopla de donde quiere”. Así, vemos en algunos movimientos de origen neopentecostal un despertar de la responsabilidad social, volcados en acciones concretas a favor de los pobres y marginados. Para citar un ejemplo, en la ciudad de Puebla, la Iglesia Amistad Cristiana está realizando programas sociales muy interesantes con jóvenes y personas abandonadas en las calles, que están teniendo un impacto en la comunidad. Asimismo, es de notar la superación de sectarismos estrechos en denominaciones que se acercan al movimiento ecuménico con ánimo de enriquecer su visión teológica y pastoral.

Queda una pregunta: en definitiva, ¿qué tienen que ver las posturas sociales y ecuménicas con la espiritualidad? Por supuesto que mucho. Como hemos señalado, la espiritualidad no es un estado de sublime quietud, alejada e indiferente al mundo. La auténtica espiritualidad nos conecta con todo; desde nuestro ser interior más profundo va irradiando el alcance del amor de Dios que lo abarca todo. La mirada amorosa de Dios no se limita a experiencias individuales de bienestar, sino se expande libre y compasiva sobre toda la creación.

El camino a seguir

Es más fácil señalar males que proponer soluciones. Las llamadas iglesias históricas tienen un reto: renovarse o desaparecer. La renovación no significa el abandono de su identidad, de la riqueza legada por generaciones, ni lanzarse a la búsqueda del éxito numérico por temor a quedarse rezagadas. Dios no nos llama al éxito, sino a la fidelidad. Pero la fidelidad no significa el enquistamiento en moldes y tradiciones que han dejado de ser relevantes.

Permítaseme proponer algunas ideas respecto a la renovación espiritual que necesita el campo evangélico latinoamericano:

1. Ir hacia a una liturgia enraizada en la cultura latinoamericana. Es muy hermoso experimentar la alabanza a Dios usando los ritmos y cadencias con que el pueblo ha celebrado la vida a través de los años, con los instrumentos que le son propios, que nos identifican y mueven las fibras más íntimas de nuestro ser: indio, negro, mestizo. No quiere decir que se abandonen del todo los viejos himnos que en su tiempo formaron parte de la cultura popular del protestantismo y nos acompañaron en nuestro caminar; pero al igual que Lutero, Wesley y tantos otros tomaron las melodías de su época y les dieron una significación espiritual, su ejemplo nos compromete a hacer algo semejante.
2. Sin embargo, no vayamos a pensar que es solo la forma; al contenido de la liturgia corresponde un mensaje de buenas nuevas acerca de la realidad que vive la gente. Es bueno recordar aquella anécdota de un jefe indio, que luego de escuchar a un elocuente predicador se limitó a decir: “rasca, rasca de verdad, pero no donde pica”. O sea, que las buenas nuevas no le dijeron nada a su realidad, a su problema. La renovación de la iglesia evangélica pasa por el sufrimiento del pueblo, por sus anhelos, sus problemas reales. Si Jesucristo vino a “anunciar libertad a los cautivos y vista a los ciegos”, este mensaje tiene que tener sentido para la realidad concreta que vive la gente.

3. Una espiritualidad que dé espacio a la expresión simbólica y corporal. El protestantismo nació estrechamente ligado al racionalismo de la modernidad, a la elaboración lógica y convincente, basada en argumentos y doctrinas perfectamente formuladas, todo dirigido a la mente. Pero la espiritualidad se construye a través de otros sentidos paralelos a la lógica; transita por la contemplación de la belleza, por la ternura, por las emociones, por razones, como dijera Pascal, “que solo el corazón conoce”. Esto no significa dejar de lado el cultivo de la inteligencia y la mente racional, sino darnos cuenta de que no todo está dicho por los sabios y doctores; hay mucho que aprender de la sabiduría que tiene su fuente en la vida interior.
4. Especialmente los líderes de las iglesias, los que se preparan para ser pastores de almas, deben recibir una formación espiritual profunda. Hay disciplinas y hay maestros en nuestro tiempo que están invitándonos al camino de la espiritualidad, que nos enseñan la oración contemplativa, la oración que más que pedir, se escucha. Para conocerse hay que adentrarse en el mundo interior, en el silencio, para tomar conciencia de cuánto hay de ego en nuestro comportamiento, cuántas heridas sin sanar que enturbian nuestra percepción de la realidad. Respecto al ego, ¿cuántos líderes de iglesias con gran preparación y talento tienen un ego deformado y gigante que enturbia su ministerio?
5. La gente busca comunidades de fe ricas en una espiritualidad auténtica, fuente de verdadera compasión y humildad evangélicas. Hay que experimentar otros modos de vida comunitaria, que no solo brinden buena enseñanza bíblica, sino tiempo de ejercicios espirituales bien organizados y dirigidos. El activismo excesivo de las iglesias deja a mucha gente vacía, necesitada de un ministerio más cercano e íntimo. Las relaciones ecuménicas brindan una oportunidad de aprender unos de otros, y hay que superar las fronteras denominacionales para beber de la buena fuente donde quiera que se ofrezca. ♦

Relevancia y actualidad del libro de Isaías

**Francisco Marrero
Gutiérrez**



La obra isaiana resulta singular dentro del corpus profético de la Biblia hebrea. No solo encabeza el conjunto de los profetas mayores del Antiguo Testamento y de los libros proféticos, sino que, a excepción del Salterio, es el más extenso —¡66 capítulos!—, superando inclusive el total de capítulos sumados de 1-2 Crónicas. Es, además, el primero de los libros proféticos que lleva el nombre del profeta, y por si fuera poco, es también el libro del Antiguo Testamento más citado en el Nuevo, a través de referencias explícitas o de alusiones al texto: “¡quinientas noventa referencias en veintitrés libros!”¹

Desde el siglo XVIII,^{2,3} los especialistas reconocieron tres secciones dentro del Isaías canónico que responden a tres épocas históricas distintas: período monárquico (caps. 1—39), el exilio (caps. 40—55) y período persa (caps. 56—66). Vinculadas a este profeta del siglo VIII, cabe mencionar también otras obras fuera del canon bíblico: una historia del rey Ozías (2 Cr 26,22), una historia del rey Ezequías (2 Cr 32,32) — ambas obras se pueden dar por perdidas—, el *Martyrium Isaiae* (apócrifo judío precristiano, un *midrash* sobre 2 R 21,16),⁴ la

Visio Isaiae (apócrifo cristiano del siglo II), y la *Ascensio Isaiae* (apócrifo cristiano que durante un tiempo formó un solo libro junto con la *Visio Isaiae*).⁵

El profeta histórico nació probablemente en Jerusalén, en la primera mitad del siglo VIII a. C., en el seno de una familia conectada a la realeza davídica. Escuetamente se sabe que era hijo de Amoz (1,1; 38,1), que no debe confundirse con el profeta de nombre parecido. También que era casado, su mujer era profetisa (8,3), y los textos de la Escritura mencionan que al menos tuvo dos hijos (7,3; 8,1-4). De él se ha dicho que es “el primer gran profeta del sur”.⁶

Isaías de Jerusalén, como algunos le llaman, recibió su llamado a profetizar en el Templo, el año de la muerte del rey Uzziyá (Azarías [2 R 15,1-7], Ozías [2 Cr 26]). Profetizó durante los reinados de Yotam, Ajaz y Ezequías. “Según fuentes judías y talmúdicas, aludidas quizás en Heb 11,37 y recogidas por Justino (*Dial.*, 120), Isaías habría sufrido el martirio bajo el rey Menassé (693-639)”.⁷

Su ministerio profético puede considerarse de los más extensos —alrededor de cuarenta años (740-701 a. C)—, y atendiendo al papel desempeñado en la sociedad, Isaías clasificaría como un profeta central, si se tiene en cuenta que es un profeta de palacio, cuya actividad transcurre bajo la presión externa de la amenaza asiria, “en los que se mezclan tiempos de tranquilidad y tiempos turbulentos, momentos de independencia política y de sometimiento a Asiria, con un horizonte internacional muy nublado y con problemas políticos, sociales y religiosos de envergadura”.⁸

El profeta de la novedad

Teniendo en cuenta lo señalado hasta aquí, intentaremos sintetizar los temas que este libro contiene, un paso fundamental para comentar la relevancia y actualidad de su mensaje.

A primera vista, se pudiera pensar que los libros proféticos entraron a formar parte del canon bíblico porque su mensaje apunta esencialmente a realidades espirituales. Sin embargo, esta postura desconoce las dimensiones social, política y económica, extremadamente relevantes en el pensamiento profético.⁹

La primera sección (1—39) contiene fundamentalmente la visión del profeta histórico.¹⁰ Aquí tiene un gran peso la actividad social y la actividad política, aunque no debe subestimarse la dimensión económica, ejemplificada en sus críticas a la clase económicamente poderosa.¹¹ Los males que están en el centro de la crítica isaiana son el orgullo y el afán de lujo de la clase dominante y su codicia desmedida.

Políticamente, el primer Isaías enfatizará el compromiso de Yhwh con la ciudad Jerusalén/Sion y con la realeza, que exige de ambos elegidos una respuesta

obediente a su Señor. Pero en el Israel del siglo VIII a. C., al igual que en otros lugares y épocas, el pueblo y sus dirigentes, en su mayoría, le habían dado la espalda a Dios, y en este hecho adquiere relevancia la denuncia y llamado del profeta: “¡Aprendan a hacer el bien, esfuércense en hacer lo que es justo...!” (1,17a).

El cuerpo de la obra podría dividirse así:

Los capítulos 1—12 se atribuyen al propio Isaías: del 1—6 contienen una antología de amenazas y promesas a la rebelde Judá, y del 7—12 constituyen el llamado “El libro de Emmanuel”.

Los capítulos 13—23 son oráculos contra las naciones, excepto el 22, referido a Judá.

Los capítulos 24—27 los conforma el llamado “Apocalipsis de Isaías”, de difícil datación, pero de cualquier modo posterior a la existencia histórica de Isaías.

Los capítulos 28—33 recogen oráculos de amenaza y promesa para Israel y Judá. Proviene de distintas épocas, en su mayoría bajo el reinado de Ezequías y sus diversos intentos de rebelión contra Asiria.

Los capítulos 34—35 constituyen el “Pequeño apocalipsis de Isaías”, y muestran al Señor como vengador de Sion.

Por último, los capítulos 36—39 se consideran un suplemento histórico, donde se coleccionan relatos en torno a la vida del profeta y del rey Ezequías, con un paralelo en 2 Reyes 19—20, excepto un salmo de alabanza que aparece en 38,9-20. Este apéndice enlaza las dos secciones mayores del libro (1—39 y 40—66).

Es notable el hecho de que en esta sección “el exilio no está en el horizonte del profeta histórico”,¹² lo cual hace sospechar que Isaías no previó tal desenlace, a pesar de la experiencia conocida de la caída de Samaria en el 722 a. C.

El profeta del destierro

La segunda parte del libro corresponde al llamado Deuteroisaiás, también conocido como Profeta del destierro, y se ha denominado también como “Libro de la consolación”, que se enmarca sobre un trasfondo histórico y teológico diferente al de la primera parte. El escenario ha cambiado, hay un salto de alrededor de dos siglos, el pueblo permanece cautivo en Babilonia, es el momento más crítico de la historia de Israel.

Después de la destrucción de Nínive (612 a. C.), que marcó el inicio de la descomposición final de Asiria, llegaría el turno a un nuevo imperio, el neobabilónico. Jerusalén fue tomada en el 597 a. C., saqueada y parcialmente destruida en el 587 por Babilonia, lo que puso fin a la independencia israelita.

Los fundamentos que sostenían al “pueblo escogido” se habían perdido; la tierra, el templo, el rey, y la alianza de Yhwh con su pueblo parecían haberse desmoronado para siempre.

Las generaciones de los desterrados pronto olvidaron al Dios que les había librado de la esclavitud en Egipto, les había acompañado y protegido a través de la fatigosa marcha por el desierto, les proporcionó una tierra donde habitar, y les otorgó una ley para organizarse y llegar a ser su pueblo. Ahora pensaban que Yhwh estaba inactivo y los había abandonado. Tal vez detrás de esto estuviera el impacto de otros dioses que poco a poco fueron desdibujando en las mentes de los hijos de Israel el recuerdo de Yhwh.¹³

Si el pueblo de Israel y sus líderes no supieron mantenerse dignamente como contrapartes de la alianza —a pesar de las llamadas de los profetas—, Yhwh ahora se sentía libre de retirarse del acuerdo y no cumplir su palabra. La angustia que esto produjo llevó a Israel a elevar esta queja: “El Señor no se da cuenta de mi situación; Dios no se interesa por mí” (40,7), y es precisamente en esta frase donde José Severino Croatto señala el núcleo causante del querigma isaiano.¹⁴

En medio de circunstancias tan desalentadoras, al profeta anónimo, denominado Deuteroisías, no le faltó el coraje para atreverse a anunciar a contracorriente la liberación de Israel de la cautividad babilónica, y puso el acento en la restauración de Jerusalén, identificada también como Sion (49—55).¹⁵

El mensaje profético en esta sección insiste en que el castigo no será definitivo. El anuncio liberador de: “¡Aquí está el Dios de ustedes!” (40,9b) despierta la esperanza de quienes añoran regresar del cautiverio a la tierra de los antepasados:

Consuelen, consuelen a mi pueblo; hablen con cariño a Jerusalén y díganle que su esclavitud ha terminado, que ya ha pagado por sus faltas, que ya ha recibido de mi mano el doble del castigo por todos sus pecados.

Preparen al Señor un camino en el desierto, tracen para nuestro Dios una calzada recta en la región estéril. Rellenen todas las cañadas, allanen los cerros y las colinas, conviertan la región quebrada y montañosa en llanura completamente lisa. Entonces mostrará el Señor su gloria y todos los hombres juntos la verán (Is 40,1-4).

Para quienes somos parte de la periferia de un mundo injusto, al igual que los exiliados del siglo VI a. C., y que de algún modo atravesamos situaciones similares de exilio, exclusión o diáspora, este mensaje mantiene intacta su actualidad y distingue como generador de esperanza. Con razón ha escrito Croatto: “Releer Isaías 40—55 nos da una nueva oportunidad de ser creadores

de utopías. Y las utopías mantienen la esperanza, que es por donde hemos de comenzar el camino hacia la libertad”.¹⁶

Mención especial merecen los llamados Cánticos del Siervo sufriente (42,1-4; 49,1-6; 50,4-9a; 52,13—53,12), que evocan para la tradición cristiana el preanuncio de la pasión de Jesucristo. Aparte de la discusión inacabada sobre la autoría de estos poemas, está la cuestión alrededor del significado del término “siervo”. Se han propuesto varias hipótesis para explicar este enigma. Cada vez gana más adeptos la de varios “siervos”: “todo Israel, un grupo selecto de Israel, Ciro, el propio profeta”.¹⁷ Sin embargo, es difícil ofrecer un enfoque totalizador donde concurren estas y otras teorías.

Sea cual fuere la interpretación a la que nos adscribamos, está claro que la misión fundamental del “siervo” es liberar no solo al pueblo de Israel, sino a toda la humanidad. Para eso es ungido y por eso ha de padecer dentro del plan salvífico de Dios. En esta imagen, la iglesia cristiana de todos los tiempos encuentra un modelo para su ministerio.

La iglesia sufriente es la que está presente en medio de los gozos y las tribulaciones de la gente. La iglesia sufriente es la que vive en medio de las dinámicas que pueden generar muerte y desesperanza. La iglesia sufriente es la que anuncia vida en medio de los parámetros de la muerte. La iglesia sufriente es la que vive “en medio de un pueblo de labios impuros” (6,5).¹⁸

El biblista Carlos Mesters interpreta al “siervo” del Señor como nuestro pueblo, el pueblo sufrido que imita a Jesús y continúa su ministerio. Esta actualización es un ejemplo de la vigencia que el libro de Isaías tiene para las generaciones de hoy.

El profeta postexílico

El Tercer Isaías refleja las tensiones por el control del poder en Jerusalén al regreso de los exiliados. Era una época “de frustraciones, incapacidad política, pobreza y desorientación espiritual”.¹⁹ La realidad estaba lejos de las expectativas suscitadas por las profecías del Deuteroisaias, y el proceso de restauración resultaba complejo y difícil. La tarea del profeta en los tiempos de la dominación persa será orientar al pueblo en cómo mantener la fidelidad a Dios e implantar la justicia en el esperado proceso de restauración.

El mensaje de esta tercera parte está dirigido a lograr la edificación de la comunidad, pasando por el rescate de la identidad pisoteada por las naciones paganas. La orden es clara: “¡Levántate, resplandece!” (60,1). Es el llamado

profético a superar la inacción y echar a andar. El capítulo 61, que el evangelio recoge como el ministerio de Jesús, es la hoja de ruta que describe cuál ha de ser la misión del profeta. Y esta ha de ser también la misión del cristiano en todos los tiempos y lugares: predicar buenas noticias a los pobres, aliviar a los afligidos, anunciar libertad a los presos, y anunciar el año favorable del Señor (61,1-2).

Conclusiones

A pesar de que el libro de Isaías, como se ha visto hasta aquí, responde a diferentes momentos históricos, se puede concluir que su mensaje continúa siendo relevante y actual, porque apunta hacia la reconstrucción de la esperanza en los momentos difíciles que atraviesa el pueblo. Al decir de Croatto: “Leer el libro de Isaías es entrar en un universo pluridimensional. Siempre se sale de allí con una palabra para el momento de cada uno, individuo o comunidad”.²⁰

Caracterizar el mensaje isaiano como pluridimensional, apunta, más que a un aspecto parcial de la experiencia humana, a integrar las realidades políticas, sociales y económicas, además de la espiritual; interpela dicha experiencia desde múltiples aristas, al tiempo que trasciende los límites temporales y culturales.

El mensaje de Isaías no es neutral cuando critica y condena a los ricos y poderosos por su avaricia, orgullo, falta de humildad, y por su desprecio a los desposeídos y a quienes someten a vivir dentro de la injusticia. Pero es equilibrado cuando condena, sin distinción, la infidelidad del pueblo por dar la espalda a Yhwh al olvidarse de las obligaciones y deberes contraídos en el Pacto, y le advierte de las graves consecuencias que de esto derivan.

Isaías actualiza la necesidad constante de la conversión, recordándonos que vivimos en medio de un mundo de “labios impuros”. Para transformar al mundo, primero tenemos que transformarnos cada uno de nosotros.

La crítica de Isaías a los ídolos y a la idolatría como la representación de las imperfecciones humanas, tiene plena actualidad para el mundo politeísta en el que vivimos, rodeados de dioses que intentan vendernos seguridad y felicidad (consumismo, dinero, sexo, droga, armamentismo, adicción a las tecnologías, las ideologías, etc.), pero que terminan por esclavizarnos y enajenan nuestra condición de ser imagen de Dios. El mensaje de este libro es claro: el Dios en quien podemos confiar es el único que afirma: “Yo voy a hacer algo nuevo, y verás que ahora mismo va a aparecer” (43,19), porque no hay otros dioses que estén en la capacidad de garantizar tal recompensa, ya que no tienen el poder para actuar de forma decidida en la historia humana.

La relectura isaiana del éxodo histórico de la esclavitud en Egipto hacia la libertad, levanta la esperanza entre las generaciones de todos los tiempos que padecen por causa de adversidades y desgracias, basada en la confianza de que Dios ni olvida ni abandona a su pueblo, porque “es justo y tiene la capacidad y voluntad para intervenir en medio de la historia humana”.²¹ La invitación de Dios a recorrer un nuevo éxodo, preconizada por Isaías, revela la esperanza de que la liberación es posible.

La imagen del Siervo sufriente, por su parte, es un llamado a la conciencia de la iglesia y de cada creyente a servir. En esto radica nuestra razón de ser, porque es dándonos como ofrenda humilde al mundo, que podemos ser agentes eficaces de transformación y liberación para quienes viven cautivos de la desesperanza.

Otro aspecto que atestigua la relevancia del pensamiento isaiano es el establecimiento firme del itinerario que ha de guiar la misión del cristiano. De ahí que el propio Jesucristo cuando trazó el programa de su ministerio terrenal acudiera al texto de Isaías. La iglesia y cada creyente cristiano encuentran en la prédica isaiana el enfoque justo y preciso para relacionar su acción con las necesidades humanas, en particular con los sectores más vulnerables de la sociedad.

Por todo esto y más, el libro de Isaías goza hoy de una amplia acogida. Es una obra —y no debe olvidarse— dirigida fundamentalmente a quienes viven en contextos de injusticia, idolatría, cautiverio y exilio, a quienes necesitan con urgencia redescubrir su identidad y ser restaurados. Para esas personas, el libro seguirá siendo el de la consolación y la esperanza, al tiempo que contiene el mensaje movilizador para transformar la queja en alegría. ♦

Notas

- 1 Samuel Pagán, citando a J. A. Sanders: “Isaiah in Luke”, Y. H. Songer: “Isaiah and the New Testament” y J. Flammig: “The New Testament Use of Isaiah”, en *La visión de Isaías*, Editorial Caribe/Betania, Nashville, TN, 1997, p. 10.
- 2 Jesús María Asurmendi: *Isaías 1—39*, Editorial Verbo Divino, Estella (Navarra), 1981, p. 11.
- 3 José Luis Sicre y Luis Alonso Schökel señalan que “en la investigación crítica del libro de Isaías hay dos fechas claves: 1788, cuando Johann Christoph Döderlein comienza a hablar del Deuteroisías, profeta anónimo de tiempos del exilio, al que atribuye los capítulos 40—66, y 1892, año en el que publica Bernhard Duhm su comentario a Isaías, y rompe la supuesta unidad de los capítulos 40—66, atribuyéndolos a dos autores diversos: 40—55 a Deuteroisías, y 56—66 a Tritoisías” (*Profetas*, Ediciones Cristiandad, Madrid, 2006, p. 94).
- 4 Raymond E. Brown: “Apócrifos”, en *Comentario bíblico San Jerónimo*, t. V, Ediciones Cristiandad, Madrid, 1971, p. 122.

- 5 H. Haag y A. van den Born: *Diccionario de la Biblia*, trad. Serafín Ausejo, Editorial Herder, Barcelona, 1966, p. 916.
- 6 José Severino Croatto: *Historia de salvación: la experiencia religiosa del pueblo de Dios*, Editorial Verbo Divino, Estella (Navarra), 1995, p. 165.
- 7 H. Haag y A. van den Born: Ob. cit., p. 916.
- 8 José Luis Sicre y Luis Alonso Schökel: Ob. cit., p. 97.
- 9 José Severino Croatto: “Economía y poder en Isaías 1—39. La palabra de Isaías y sus relecturas”, *Revista de Interpretación Bíblica Latinoamericana*, no. 30, Quito, 1998, p. 43.
- 10 Habría que exceptuar dos famosos textos mesiánicos (9,1-6 y 11,1-9), que según varios especialistas no proceden de Isaías. Véase José Luis Sicre y Luis Alonso Schökel, ob. cit., p. 103.
- 11 Véase en Is 1,10 la referencia metafórica a los dirigentes de Jerusalén como “jefes de Sodoma”/“pueblo de Gomorra”, o en Is 1,16-17.
- 12 José Severino Croatto: “Composición y querigma del libro de Isaías”, *Revista de Interpretación Bíblica Latinoamericana*, nos. 35-36, Quito, 2000, p. 41.
- 13 Ídem.
- 14 José Severino Croatto: “El Déutero-Isaías, profeta de la utopía”, *Revista de Interpretación Bíblica Latinoamericana*, no. 24, San José (Costa Rica), 1997, p. 36.
- 15 Samuel Pagán: *La visión de Isaías*, ed. cit., p. 144.
- 16 José Severino Croatto: “El Déutero-Isaías, profeta de la utopía”, ed. cit., p. 40.
- 17 Claude Wiéner: *El segundo Isaías. El profeta del nuevo éxodo*, Editorial Verbo Divino, Estella (Navarra), 1982, p. 58.
- 18 Samuel Pagán: *Experimentado en quebrantos: estudio en los Cánticos del Siervo del Señor*, Abingdon Press, Nashville, TN, 2000, p. 77.
- 19 Samuel Pagán: *La visión de Isaías*, ed. cit., p. 187.
- 20 José Severino Croatto: “Composición y querigma del libro de Isaías”, ed. cit., p. 67.
- 21 Samuel Pagán: *La visión de Isaías*, ed. cit., p. 50.

¿Fe en las crisis o crisis de fe?

La decisión es nuestra

Daylíns Rufín Pardo



La palabra *crisis* es bien antigua, y como toda palabra, es susceptible de abarcar más de un significado, en dependencia de la circunstancia en que se use. Algunas de sus definiciones indican una situación difícil o complicada, el cambio considerable para mejorar o empeorar en el curso de una enfermedad o en el desarrollo de otros procesos, y el momento decisivo y grave de una situación que puede tener consecuencias importantes.¹ Sin embargo, llama la atención el hecho de que etimológicamente la palabra latina *crisis* se remonta al vocablo griego *krisis*, que significa, simplemente, decisión.²

¿Quiere decir que las crisis tienen que ver con las decisiones que se toman? ¿Significa entonces que los momentos de crisis nos señalan que es tiempo para decidir algo? Si las crisis tienen que ver con las decisiones, ¿por qué nos encontramos diariamente con personas decididas que no salen de sus crisis?

Sería muy fácil decir, ateniéndonos a lo anterior: ¡está claro que las crisis son provocadas siempre por alguna decisión, y quienes no salen de sus crisis es porque no acaban de tomar la decisión correcta para poner fin de una vez a esa situación

crítica! Y no estaríamos equivocados, porque conocemos el poder inmenso de las decisiones para transformar la vida. Lo sabemos porque ya hemos pasado alguna vez por la experiencia de decidir algo y hemos visto y sentido sus tremendos efectos en nuestro propio ser. Pero sucede que decidir no es fácil, y eso es precisamente lo que hace a las crisis ser lo que son: procesos, momentos graves, consecuencias importantes.

Decidir: una fortaleza, un reto

Tomar decisiones es inherente a la naturaleza humana. Desde muy temprano vamos escogiendo con quiénes simpatizar o no, a quién amar de una manera u otra, qué nos gusta o disgusta; y lo vamos haciendo sin prejuicios, de forma natural y espontánea. Es fácil, por ejemplo, ver a un niño o una niña vincularse afectivamente con una persona a la que la mayoría de los adultos repelen, o por el contrario no darle mucha importancia ni simpatizar con otra que es muy estimada y querida.

Pero según crecemos y maduramos, ese acto natural de decidir se nos vuelve un esfuerzo ¡casi sobrenatural!, porque desarrollarnos implica una mayor complejidad de nuestras “redes” de relacionamiento, y empezamos a ser conscientes de que vivimos “conectados”, que todo lo que hacemos mueve otros “nudos” y toca otros “puntos”, como sucede en una red. Las decisiones se nos vuelven entonces algo mucho más serio, al constatar que cada cosa que decidamos tiene implicaciones no solo en alguna esfera de nuestra vida personal, sino que afecta directa e indirectamente a otras personas, procesos y espacios.

Traigamos a nuestra mente un ejemplo simple. Pensemos en el momento en que hicimos nuestra decisión por la fe y nos inclinamos por una religión o nos unimos a una iglesia o lugar de culto: ¿qué implicaciones tuvo esa decisión en nuestra vida?, ¿no incidió en nuestra familia, trabajo y otros espacios donde nos relacionábamos? Seguramente guardamos más de un recuerdo, o tenemos para contar historias y anécdotas.

Decidir, “decir de...”, alzar la voz, pronunciarnos acerca de alguna situación, o con respecto a alguien o a algo ¡no es siempre un acto tan sencillo! Las decisiones son nuestro espacio de libertad plena, nuestra más auténtica y mayor fortaleza, pero nuestros actos de decidir están condicionados por un sinnúmero de factores que a veces, tristemente, toman todo el poder y terminan decidiendo en nuestro lugar. Lo vemos a diario y lo escuchamos en frases como “no tengo otra opción”, “tiene que ser así”, “lo hice por no afectar a nadie”.

Ahora bien, una cosa es ver objetivamente que no podemos cambiar algo por el momento, y otra muy distinta es dejar que una situación determinada nos

cambie para siempre, al punto de dejar de desear una mejoría. Hay una realidad: no decidimos caer o no en una crisis (¡no si somos personas sanas, claro está!), pero sí es indispensable nuestra decisión para salir de ellas.

Decidir es nuestra libertad, y aunque haya momentos en los que estemos objetivamente “atados de pies y manos”, perseverar en el deseo de realizar los cambios necesarios es y será siempre nuestra auténtica opción. Tomar la decisión de continuar adelante con nuestros sueños y proyectos de bien, a pesar de las circunstancias poco favorables para realizarlos, requiere fuerza. A esa fuerza le llamamos fe.

La fe: mi don, mi libertad

Decidir es un don que nos pertenece plenamente a todos los seres humanos, aunque a causa de las circunstancias o de nuestra propia voluntad, nos cueste trabajo ejercitarlo plenamente. La libertad para decidir es una huella del Dios creador en nuestras vidas, porque nuestras decisiones generan acciones que pueden reordenar (re-crear) nuestro espacio vital, transformar las cosas y hacerlas distintas.

Decidir algo desde la fe es un acto íntimo y personal, pero como ya sabemos, toda decisión posee un gran efecto relacional y, por tanto, es comprensible que nos asuste; no así que nos paralice. El pecado tiene que ver precisamente con eso: con matar esa espontaneidad de la decisión correcta, con acallar la voz y la fuerza del Espíritu que nos impulsa, diciéndonos cuál debe ser el próximo paso.

Muy frecuentemente nos encontramos con personas que cargan consigo el peso de una decisión no tomada. Algunas se han vuelto iracundas y agresivas a causa de esta frustración; otras se han vuelto tristes, desanimadas, y viven dedicando sus pocos esfuerzos a legitimar su situación frustrante ¡en vez de dirigir toda esa energía a mejorarla! Así lo vemos, por ejemplo, en las historias de vida de quienes sufren violencia doméstica... se esfuerzan, se dedican, ponen toda su energía en el empeño de restaurar lo que la otra persona rompe: sentimientos, relaciones, momentos de comunión familiar, cosas; se entregan hasta el agotamiento para cubrir las marcas y los estragos delante de todos, para que nadie se dé cuenta, y hasta en consolarse del dolor después de otro suceso desgarrador, con argumentos como “yo me repondré”, “las cosas van a cambiar si yo aguanto”... en vez de hallar el valor para reconocer que necesitan buscar ayuda apropiada y encaminar toda su energía en decidirse por el cambio que les hará bien, en vez de perpetuar el daño.

La clave para cambiar las cosas está en la fuerza que nos da la fe. Tener fe es tener la certeza y la seguridad de que vamos a lograr el bien que estamos

esperando, y vivir con la convicción de que vamos a ver hecho y materializado en nuestra vida lo que ahora no se ve (Heb 11,1), pero siendo humildes para reconocer que hay que dejar a Dios ser Dios, que su poder nos sobrepasa.

El pecado es abrir los brazos y caer de rodillas ante otras voces y otras fuerzas que pretenden ejercer un control absoluto en nuestra vida, coaccionando y subyugando nuestra fuerza de fe. Es entregar el poder de lo divino que se nos revela en forma de buenos deseos y sueños, a cambio de otros poderes impuestos. El pecado es dejarnos controlar de más por el miedo, porque tomar una posición “por temor a...” nos hace “errar el blanco”, nos desenfoca y hace desviar la vista de lo central.

Al permitir que los temores controlen nuestra decisión, relegamos lo que nos es más importante, porque nuestra visión privilegia los obstáculos y terminamos acomodándonos a esa suerte, desconociendo el horizonte primero: el de la realización de nuestros mejores sueños.

Antes de tomar cualquier decisión y dar el siguiente paso, es humano y normal sentir temor. Por eso es bueno detenernos a meditar y preguntarnos: ¿acaso es justo que demos en nuestra vida más acogida a las fuerzas del miedo que a la fuerza de la fe?

Jesús el Cristo: vida para seguir

Temer es humano. Si sentimos temores antes de tomar una decisión, eso puede significar que realmente nos importa el asunto del que se trate. La vida de Jesús nos ilumina claramente acerca de esto. No fueron pocas las veces que se vio bajo la necesidad de escoger qué actitud tomar. Ninguna de las decisiones le fueron fáciles, y de eso dejan constancia las Escrituras.

Los evangelios recogen las memorias de esos tiempos críticos y cómo ante cada crisis Jesús tuvo que separar muy bien lo que era de Dios, y decidir qué camino seguir. Primero fue la gran crisis que significó el hecho de aceptar su misión y condición de salvador. Esta se nos muestra bien clara en el relato de las tentaciones en el desierto (Mt 4,1-11),³ donde todas las voces del mal quisieron evitar que él siguiera su destino de mesías, invitándolo a poner por encima de su verdadero llamado interior la fama, la tranquilidad económica, el poder religioso y otros supuestos bienes. Fue difícil su decisión —la figura del desierto y la presencia del diablo son recursos utilizados en el relato para reafirmarnos precisamente esta noción de dificultad— y le llevó tiempo (v. 2), pero finalmente fue tomada: diciendo no a todas a las comodidades, comenzó su ministerio.

Pero el hijo de Dios era humano, tenía madre, parientes, hermanos y hermanas, y la crisis familiar que provocó su decisión no se hizo esperar. Mucho

sufrió al principio la familia de Jesús de Nazaret. Fue tan radical su cambio, que sus parientes pensaron que estaba loco y se aparecían a buscarlo en los lugares donde se reunía para hablar con la gente (Mc 3,20-21). Para continuar siendo fiel a su llamado, tuvo también que decidir: “Estos son mi madre y mis hermanos. Quien cumpla la voluntad de Dios ese es mi hermano, mi hermana y mi madre” (Mc 3,34-35).

Sobrevinieron a partir de su decisión nuevas crisis: entre su propia gente, porque no le comprendían bien⁴ o les era difícil seguirle;⁵ en las autoridades religiosas de su pueblo, sobre todo en el grupo de los fariseos, al sentirse retados por la manera en que él interpretaba y practicaba la Torá,⁶ y finalmente entre los poderosos gobernantes del imperio romano, quienes temían que sus ideas provocaran una insurrección política.⁷

De crisis en crisis, fue Jesús tomando una y otra vez la decisión de servir al poder creador, ser fiel a los valores que consideraba más importantes, y no perder la luz y la guía de ese llamado que Dios le había revelado en su corazón. Así vivió auténticamente y, separando la luz de las tinieblas, nos hizo visible y palpable la verdad, el camino, la puerta, la vida.

La esperanza: mis alas

No hay nada mejor para cambiar de opinión que una sólida esperanza.⁸

La fe es una gracia, un misterio, una energía que nos impulsa a salir de las crisis y tomar la decisión de avanzar en la vida. No es algo abstracto, pues vivir en fe genera y demanda acciones que se materializan y encarnan en nuestro diario vivir.

Tener fe en alguna cosa conlleva siempre la decisión de separarnos de otra: una actitud, un vicio, una tendencia o modo de vida que nos hace infelices. Si tenemos fe en la paz, no usaremos la violencia como solución a los problemas. Si tenemos fe en el poder del amor, difícilmente haremos uso del odio en nuestra relación con los demás. Si tenemos fe en la oración, nuestra primera respuesta ante alguna crisis será dirigir a Dios una oración de fe.

La fe es la fuerza que nos hace creer en una opción y avanzar en un camino, y para transitarlo nos hace falta vivir en esperanza. Tener esperanza significa que vivimos esperando algo que aún no hemos alcanzado plenamente. Siempre albergamos más de una esperanza dentro, porque somos imagen de Dios y eso nos hace reinventar a cada instante la vida y crear nuevos horizontes.

Las esperanzas son como mariposas que viven en nuestro jardín interior: diversas, hermosas, difíciles de alcanzar a veces, pero siempre presentes, siempre apareciendo a pesar de las estaciones que dejan a nuestro jardín con las flores cabizbajas y el césped seco. Así como un jardín se hace más lindo, divertido y alegre con la presencia de las mariposas, así nuestra vida se hace divertida, alegre y bellísima cuando la dejamos abierta para que se le posen y sobrevuelen las esperanzas. O como diría el pastor cubano Francisco Rodés: “La esperanza es el jardinero que protege, perfecciona y cuida ese jardín interior de los sueños”.

Cada etapa y cada momento tiene sus bondades y dificultades, sus cosas buenas y desafiantes. Por eso en cada momento tenemos el reto de escoger y decidir sobre unas u otras. Adoptar posiciones, transformar cosas y readaptar otras, es natural, forma parte del don de estar vivos. Hacer esto con fe es una gracia, y una de nuestras fortalezas para seguir viviendo. La fe toma la forma de la esperanza. Y la esperanza nos ayuda a no dejar de buscar el momento oportuno para transformar y reorientar nuestras vidas. Nos da alas para levantarnos cada vez y salir adelante cuando las crisis nos alcanzan. La fuerza de la fe y las alas de la esperanza hacen posible desterrar nuestras crisis, afirmando: “sí, voy a continuar, alzar el vuelo y alcanzar otro escaño de mi vida”.

Vivir en esperanza es no dejar de esperar, ni quedarse esperando. Hacerlo así no es algo extraño, es nuestra libertad. ¡La decisión es nuestra! ♦

Notas

- 1 Real Academia Española: *Diccionario de la lengua española*, 22^a ed., Editorial Espasa Calpe, S.A., Madrid, 2001, p. 684.
- 2 Otras acepciones de la palabra griega *krino* son: separar, distinguir, escoger, preferir, interpretar, resolver. Véase José María Pabón Suárez de Urbina: *Diccionario bilingüe manual Griego clásico-Español*, Vox Editorial, Barcelona, 2008.
- 3 Véanse también Mc 1,12-13 y Lc 4,1-13.
- 4 Sirva de referencia el relato de Jn 7,40-52.
- 5 Véanse, por ejemplo, los relatos de Mt 19,16-22 y Mt 16,69-75.
- 6 Tómese como ejemplo la narración de Lc 7,36-50.
- 7 Léase la porción de Lc 20,20-26.
- 8 José Saramago: *Ensayo sobre la ceguera*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 2003.

Cómo hacer educación cristiana ecuménica

Nelson Dávila Rodríguez



Para ofrecer una respuesta a la pregunta sobre cómo hacer educación cristiana ecuménica, analizaremos los dos adjetivos que la definen, de modo que sus significados nos ayuden a caracterizar una educación cristiana con estas particularidades en nuestras iglesias locales. En primer lugar, casi siempre se entiende como “ecuménica” la relación entre las diferentes iglesias o la disposición de acogida amistosa entre personas cristianas.¹ Sin embargo, este punto de vista se enfoca únicamente en el plano fraternal de las diversas denominaciones que se reúnen para una celebración ecuménica, donde es posible que se hable de ecumenismo. Pero la mayor parte de las veces no se promueve el desarrollo de verdaderas conductas ecuménicas.

El término “ecumenismo” proviene del griego *oikos*, que significa “casa”, y *oikoumene*, que describe “la tierra habitada” o “el mundo habitado”. Esta imagen indica que la palabra no se refiere solamente a las personas cristianas que se congregan en sus iglesias, sino que representa la casa habitada por todos. Es la unión con otros individuos que no forman parte de ese grupo y que también

comparten el *oikos* —la casa común. Este concepto de ecumenismo posee un sentido más amplio: el planeta en que vivimos, la casa que nos guarda, el territorio donde todos cabemos, el sitio que nos cobija y en el que debemos sentirnos protegidos, amparados y resguardados. El vocablo “ecumenismo” expresa lugar, pero también vida. Es área geográfica y espacio donde se comparte la vida. Es, además, la unidad en lo diverso, en lo que es diferente. Esta opinión discrepa de la que se menciona al principio, que solamente concibe al ecumenismo como la reunión de las iglesias y las personas cristianas.

En segundo lugar, sobre el término “educación cristiana” se pueden hallar en las publicaciones diversos significados, dependiendo de la visión de cada especialista. Por tanto, me referiré a una acepción que se conoce desde los años setenta del siglo pasado, perteneciente al educador anglicano estadounidense John Westerhoff, quien expresó: “son todos los esfuerzos deliberados, sistemáticos y sostenidos por los cuales la comunidad de fe se propone facilitar el desarrollo de estilos de vida cristianos por parte de personas y de grupos”.² En 1982, el profesor menonita argentino Daniel S. Schipani respaldó este criterio,³ y en 2003 lo hizo Sherron K. George, profesora presbiteriana estadounidense radicada en Brasil, aunque insistiendo en que es necesario explorar todos los posibles eventos educativos para realizar esta tarea que involucra la acción de toda la iglesia, y agregaba: “de toda la persona, de todo el tiempo y en todo lugar”.⁴

Esta definición favorece la manifestación de conductas adecuadas en las relaciones de convivencia en el espacio vital, al tiempo que resalta el deber de la iglesia, como agencia con funciones educativas de la comunidad, de contribuir al desarrollo de la personalidad de los individuos que en ella se congregan. Una educación de esta naturaleza propone estilos de vida portadores de los mejores valores ético-espirituales que han de guiar la conducta de quienes siguen a Jesucristo.

Luego de conceptualizar los términos, veamos algunas dimensiones de lo educativo en el ámbito eclesial que posibilitan una educación cristiana verdaderamente ecuménica: bíblico-teológica, antropológica, sociológica, ética, pedagógica y celebrativa.

La *dimensión bíblico-teológica* demanda una lectura intergeneracional, contextualizada e intercultural de la Biblia, así como una interpretación que no pierda de vista la relación ser humano-Dios-creación. De esta forma, todos aprendemos de todos sin distinciones o barreras de ningún tipo, y no habrá iglesias o líderes que se adjudiquen el dominio sobre la verdad bíblico-teológica, y con ello el poder absoluto. Esta dimensión nos ayuda a interpretar la imagen de un Dios que llama al ser humano para compartir su misión, traducida en servicio y acompañamiento a la “casa común” donde existen injusticias, pobreza,

despilfarro de recursos naturales, y la antvida va ganando terreno a la vida. Tal responsabilidad nos reta a no abandonar el mundo por suponerlo malo y pecaminoso, y hacer de la iglesia un refugio. Contrariamente, debemos admitir que nuestras comunidades de fe son escenarios de la actividad humana donde se construye el bien común para lograr una “casa” habitada más digna.

La *dimensión antropológica* apunta hacia la comunidad para analizar qué tipo de ser humano aspiran a formar las iglesias, el cual debe esforzarse para convertirse cada vez más en un “ecónomo” (mayordomo), alguien que trabaja por la correcta planificación o gestión de todo lo que sucede en el *oikos*. Se supone que esta persona sea cuidadora, administradora de la casa habitada por todos y no expoliadora de sus recursos con fines lucrativos, sino que los proteja y los comparta de manera solidaria sin pretensiones egoístas, individualistas o acaparadoras. Tal dimensión asume la voz griega *koinonía*, que implica “compartir”, “compañerismo”, “comunicación”. O sea, diálogo franco y respetuoso con quienes no piensan igual. Es, de acuerdo con el teólogo e historiador cubano Rafael Cepeda, “una marcha con Cristo hacia los demás hombres, lo cual significará muchas veces unir nuestras vidas con aquellos a quienes no hemos elegido”.⁵

La *dimensión sociológica* está dada por el vínculo individuo-sociedad entre quienes participan en el discipulado cristiano. Aquí cabría preguntarse: ¿se prepara a los feligreses para aportar lo mejor de sí a la sociedad? ¿Existe un vínculo entre educación cristiana y educación ciudadana? ¿Se trabaja en un discipulado cristiano que ejercite la responsabilidad y la participación ciudadanas? ¿O acaso se forman cristianos para vivir en lo intraeclesial sin el más mínimo interés por lo que sucede en el lugar donde se desarrollan vitalmente como seres humanos? Esto último conduciría a “espiritualizar” la educación cristiana y sustentar así las grandes dicotomías de fe-mundo, iglesia-política, alma-cuerpo y otras, que enfatizan y magnifican el primer término de la relación (fe, iglesia, alma) y desprecian el segundo (mundo, política, cuerpo).⁶ Es necesario que las prácticas cristianas promuevan la integración “fe-vida”, que a veces se encuentran desunidas, lo cual produce una escisión entre la fe y los sentimientos de identidad comunitaria. El teólogo cubano Sergio Arce nos alertó sobre el problema de educar cristianamente sin tener en cuenta el contexto sociocultural. En su artículo titulado “La tarea didáctica de la iglesia”, expresó que el objetivo de la educación cristiana no era crear una persona religiosa en el sentido en que comúnmente se tomaba esta palabra, sino alguien verdaderamente humano en la totalidad socioética de su humanidad.⁷

La *dimensión ética* contribuye a la formación de los mejores valores universales para compartir la “casa” y estar en comunión con los demás sin sectarismos ni

individualismos. No se trata de defender lo mío sin importarme lo que ocurre con los demás, porque la “casa” no es propiedad privada de nadie. Estos valores que convergen con los del cristianismo son, entre otros, la solidaridad, el amor al prójimo, el respeto a los padres e hijos, la protección de las personas necesitadas, la justicia social y los valores ciudadanos, pero se necesita vivirlos en la práctica cotidiana junto a otros individuos con los que también compartimos la comunidad. El sociólogo belga François Houtart, considera que es importante mostrar a los creyentes, por una parte, que su fe carece de sentido si no conduce a hacer respetar la vida y la dignidad de los seres humanos; y a los no creyentes, por otra, que una aspiración religiosa puede ser la causa de un compromiso radical, e insiste en que la espiritualidad cristiana no puede ignorar los problemas de los seres humanos con los cuales se comparte el contexto sociocultural.⁸

La *dimensión pedagógica* convoca a un análisis sobre el tipo de educación que se maneja. Esta educación debe tener en cuenta la unidad entre lo instructivo y lo educativo para el desarrollo de conocimientos, valores, habilidades y modos de actuación que capaciten a los feligreses para conocer y vivir su realidad social. Se deben considerar procesos que contribuyan a la transformación personal, pero también a la comunitaria, al desarrollo de la vida en conexión con lo ético. Estos procesos tienen que comenzar en las comunidades de fe, en los diferentes espacios donde se reúnen las personas cristianas para compartir sus testimonios. Por tanto, la dimensión pedagógica exige la búsqueda de métodos dialógicos y participativos, así como de aceptación y respeto por las demás personas, con el propósito de alcanzar una educación cristiana en la diversidad. Es estar consciente de lo que yo creo, pero también escuchar a los demás, buscar puntos coincidentes que beneficien el desarrollo del proceso educativo cristiano para cooperar en vez de competir. Esta dimensión pedagógica favorece actitudes ecuménicas, porque aprendemos a aprender de los demás, y a partir de entonces, a aprender con los demás. De este modo, se puede ser parte activa de la comunidad y participar creativamente en ella, pero también capacitarnos para entender a personas de otras comunidades en el resto del mundo, porque este constituye la casa habitada.

Por último, la *dimensión celebrativa* invita a participar en una celebración de la vida de nuestras comunidades de fe y del contexto donde estas se encuentran ubicadas por medio de la oración, la eucaristía y la adoración, teniendo en cuenta la historia, la cultura y la realidad social de cada lugar. Esta dimensión demanda la práctica de una espiritualidad que se manifieste en la proclamación de la “buena nueva” y nos relacione con las personas de nuestras iglesias, pero también con otras, para adorar en unidad. Así, vamos aprendiendo a reconocer y valorar las diferentes identidades de fe que caracterizan a los demás individuos

sin oponernos a ellas, sin ignorarlas, minimizarlas o anularlas. Se trata de estar seguros de nuestra fe, de aquello en lo que creemos, y participar con otras personas en el ejercicio del arrepentimiento, el perdón y la sanación para celebrar la presencia de Dios en nuestras vidas y en la vida de los demás. Podemos vivir en solidaridad y servicio a otros con una espiritualidad de compromiso y esperanza para el mundo de Dios habitado, que abogue por el respeto mutuo, la comprensión solidaria, el comportamiento adecuado y el bienestar personal y colectivo.

El reto de una educación cristiana ecuménica se encuentra en preparar a los feligreses para participar en la transformación de las comunidades donde viven, siendo “sal y luz del mundo” (Mt 5,13-16), porque una educación cristiana que separe, fragmente y aisle, jamás podrá ser humana y carecerá de algunos de los valores universales que han venido inspirando al cristianismo a través del tiempo, los cuales reafirman la condición misiológica de la iglesia.

A continuación relaciono algunas preguntas para seguir meditando en este asunto:

1. Uno de los retos de la educación cristiana en Cuba hoy es contribuir a la formación de valores. ¿Cuáles consideras que son algunos que respaldan el desarrollo de una educación cristiana ecuménica? ¿Por qué?
2. ¿Qué se necesita cambiar en la educación cristiana que desarrollan nuestras iglesias locales para que se transforme en una educación cristiana ecuménica?
3. ¿Qué otras dimensiones consideras que pueden contribuir al desarrollo de una educación cristiana más ecuménica en nuestras iglesias locales?

Repensar la educación cristiana en nuestras iglesias locales teniendo en cuenta este criterio de educación que propone Frei Betto:

Educación es formar personas verdaderamente humanizadas y felices. Eso significa formar personas con mucha ética, principios y proyectos de vida. Sin ello no es posible ser humano y feliz. ¿Qué educación es esa que forma un mundo de desigualdades, que forma un mundo en que la competitividad es un valor superior a la solidaridad?⁹ ♦

Notas

- 1 Juan Bosch: *Diccionario de ecumenismo*, Editorial Verbo Divino, Estella (Navarra), 1998, p. 45.
- 2 John Westerhoff: “Toward a Definition of Christian Education”, en *Colloquy of Christian Education*, United Press, Philadelphia, 1972, p. 63.

- 3 Véase Daniel S. Schipani: *El reino de Dios y el ministerio educativo de la iglesia. Fundamentos y principios de educación cristiana*, Editorial Caribe, Miami, FL, 1983, p. 13.
- 4 Sherron K. George: *La iglesia que educa. Fundamentos bíblico-teológicos y pedagógicos de la educación cristiana*, Ediciones CLAI, Quito, 2005, p. 2.
- 5 Rafael Cepeda Clemente: “Plenitud de vida”, en Francisco Marrero, ed.: *Pensamiento reformado cubano*, Ediciones Su Voz, La Habana, 1998, p. 199.
- 6 Matthias Preiswerk: *Educación popular y teología de la liberación*, Ediciones DEI, San José (Costa Rica), 1988, p. 40.
- 7 Sergio Arce: “La tarea didáctica de la iglesia” [mimeografiado], La Habana, 1971, p. 7.
- 8 François Houtart: *Deslegitimizar al capitalismo; reconstruir la esperanza*, Casa Editora Ruth, Bogotá, 2008, p. 145.
- 9 Frei Betto: “¿Educar para qué?”, en *Un mundo sin educación*, Editorial Driada, México, DF, 2003, p. 112.

Viene de la página 2

NELSON DÁVILA RODRÍGUEZ. Presbítero gobernante de la Iglesia Presbiteriana-Reformada en Cuba. Es licenciado en Teología por el Seminario Evangélico de Teología (SET) de Matanzas, máster en Artes en Estudios Teológicos por el McCormick, de Chicago, máster en Educación por la Universidad de Ciencias Pedagógica Enrique José Varona, de La Habana, y doctor en Ciencias de la Educación por la Universidad de La Habana. Es profesor del Departamento de Teología Práctica del SET y coordinador del Programa de Bachillerato en Educación Cristiana de la propia institución.

JULIO PERNÚS. Comunicador y laico católico romano. Graduado de licenciatura en Comunicación Social y maestría en Historia Contemporánea por la Universidad de La Habana. Entre otras responsabilidades, es coordinador del sector Comunicación de la Compañía de Jesús en Cuba, y de la filial cubana de la Comisión para el Estudio de la Historia de la Iglesia en América Latina (CEHILA-Cuba). Es redactor de *Vida Cristiana* y jefe de redacción de *Amor y Vida*, revista del Movimiento Familiar Cristiano.

La Cuba del futuro huele a esperanza

Julio Pernús



La “Cuba del futuro” es una frase atribuida al destacado cineasta cubano Fernando Pérez para referirse a los casi quinientos jóvenes que reclamaron de forma pacífica frente al Ministerio de Cultura (Mincult) el pasado 27 de noviembre de 2020. El director de películas como *Suite Habana* o *Insumisas* dijo en esa ocasión: “En esta acción pacífica frente al Mincult, percibo el inicio de un nuevo lenguaje que le hace falta a la cultura cubana y a este país”.¹ Ese día, frente al Ministerio de Cultura, se dieron cita algunos jóvenes católicos y consagrados. Este artículo intenta responder por qué estaban ellos allí.

En los últimos tiempos, sobre todo a raíz de la irrupción de la Internet dentro de nuestra realidad, se ha podido visibilizar la pluralidad de voces que luchan porque sus demandas vinculadas a perspectivas de religión, clase, género, raza, ambientalista, ideológica, artística, sean escuchadas por las instancias decisoras de la nación. Para entender este fenómeno, el lector debe partir de lo que ha sucedido después de 1959 en un período que se representa, según teóricos como Juan Valdés Paz, como la Revolución en el poder.

Alguna vez pude compartir con el fallecido cardenal cubano Jaime Ortega una anécdota sobre una conversación que él sostuvo en la década de 1980 con san Juan Pablo II, que fungía como papa en ese contexto. En ese diálogo Ortega le decía al Sumo Pontífice que la Revolución cubana era un proceso irreversible, a lo que el santo polaco le respondía que lo único irreversible en el mundo era Dios. En esa ocasión el debate permaneció en una esfera cuasirreligiosa, pero la idea defendida por el cardenal cubano y otros destacados intelectuales católicos, como monseñor Carlos Manuel de Céspedes o los intelectuales laicos Raúl Gómez Treto, Juan Emilio Friguls, Enrique López Oliva, Walfrido Piñera, tiene elementos válidos, pues parten de que es imposible borrar o invisibilizar la historia que coronó el proceso revolucionario de 1959.

Es una corriente de pensamiento católico que considera como justicia social la derrota del presidente Batista, luego de mantenerse usurpando el poder varios años y establecer una dictadura en nuestro país. Estas personas no consideraban pertinente refutar la idea de la validez de la Revolución; aceptaban su legado, y más bien sus pedidos han ido en pos de cómo se pueden hacer más democráticas las instituciones vigentes en el país. Pero, como todo proceso histórico, la realidad revolucionaria en el poder fue legitimando su propio camino a través de métodos que sustituyeron de diversas formas —no exentas de errores— las instituciones vivas dentro de la sociedad civil de la Cuba pos 1959 y, en su lugar, se crearon instituciones y organizaciones adscritas a la ideología de los viejos cuadros del Partido Socialista Popular, con una gran dependencia de la Unión Soviética. Un proceso que a grandes rasgos se le puede llamar institucionalización de la Revolución, y que, sobre todo, después de la constitución de 1976 empieza a consolidarse.

Lo que ha sucedido desde hace varios años es que esas instituciones “revolucionarias” han ido de a poco perdiendo la capacidad de aglutinación de las bases sociales, debido a un desgaste sistemático de su estructura, tocadas también por la prolongada crisis económica que vive la nación, con mayor fuerza desde la década de 1990 y en la actualidad por la COVID-19. Entonces en el país viene surgiendo una nueva generación de cubanas y cubanos que ven cómo sus intereses religiosos, políticos, sociales y culturales, desbordan la institucionalidad tradicional, y sus demandas van enfocadas a dar una mayor democracia a esas instituciones, pues valoran como una injusticia los escasos espacios donde ellos se sientan representados.

Es ahí, en la búsqueda de procesos más democratizadores dentro de la institucionalidad existente, donde se puede ubicar la filosofía de los nuevos grupos de participación social católica como *Pensemos Juntos* o *Areópago Cubano*. Es oportuno diferenciar estos nuevos procesos de surgimiento de espacios —en su mayoría virtuales— de articulación con inspiración católica,

de otras organizaciones de inspiración católica como el Centro de Estudios Convivencia, con un perfil más definido a pensar la política (*think tanks*), lo que no resta que puedan tener puntos en común en sus agendas.

Para ilustrar con un ejemplo lo expuesto hasta aquí, los nuevos grupos de inspiración católica que desde la doctrina social de la Iglesia intentan generar una voz para dialogar con diversos actores de la sociedad civil, estatales e independientes, no son agentes de cambio a los que les interesa enfrentar a la Revolución, pues muchos de sus integrantes —parto de la idea de la diversidad de sus miembros— reconocen el legado histórico de ese proceso en nuestra isla; incluso, un número considerable de ellos está en contra del bloqueo (embargo) impuesto por los Estados Unidos a Cuba. Aunque como expresó el fallecido obispo monseñor Pedro Meurice durante la visita del papa Juan Pablo II a nuestra isla, es necesario no “confundir la Patria con una ideología”, pues se sabe que la guerra civil que logró el triunfo de 1959 tuvo como artífices a varios sectores de la población, incluyendo numerosos católicos.

Este grupo de católicos en su mayoría jóvenes, no debe ser encuadrado dentro de la dicotomía “revolución vs. contrarrevolución”. Es cierto que tienen demandas configuradas dentro del espectro político, pero vinculadas al desbordamiento del cauce institucional que el sistema político ofrece para su representación dentro del tejido social. Para ilustrar esta idea, vayamos al tema educativo: si uno le pregunta a varios de estos jóvenes católicos si están a favor de que la educación sea gratuita y llegue a todos por igual, la respuesta será afirmativa; pero al mismo tiempo algunos de estos muchachos y muchachas que han sido formados en el sistema educativo socialista se preguntan por qué sus hijos no pueden ser educados dentro de un currículo escolar que incluya religión (en un sentido amplio) y menos ideologizado, para darle la oportunidad al niño de poder decidir los valores fundantes de su personalidad.

La propia Conferencia de Obispos Católicos de Cuba, en el número 13 de su mensaje con motivo de la Navidad, expresó: “que no tengamos que esperar a que nos den desde arriba lo que podemos y debemos construir nosotros mismos desde abajo”.² Estos nuevos movimientos de inspiración católica que vinculan a consagrados y laicos en su mayoría menores de cuarenta años, se han solidarizado con otros grupos de la sociedad civil como los artistas del 27N o los periodistas independientes, en pos de dar un impulso a temas sociales (desarrollo económico, raza, medio ambiente, clases sociales, mayor libertad religiosa) que cuentan con escasos canales oficiales para oír propuestas desde la pluralidad de ideas.

Estos grupos de inspiración católica tratan de impulsar un tejido social donde prime en todos los actores de la sociedad civil cubana, aunque sean minoría,

la igualdad política entendida como: “la libertad política con capacidad de autoorganización, de contestación, de creación y de participación respecto a las decisiones estatales, con poder de decisión de los ciudadanos/trabajadores sobre los procesos que afectan sus vidas; y por igualdad social, el despliegue de la justicia social, la lucha por la eliminación de la desigualdad y la pobreza, y no alguna clase de igualitarismo represivo”.³

Desde la lectura de la carta “He visto la aflicción de mi pueblo”, firmada por más de setecientas personas, se vislumbra una visión de lo político como un mapa de la singularidad de cada uno de los actores sociales de nuestro país. Según el documento, *lo político* debe abogar porque los sectores opuestos en su forma de proyectar el futuro para nuestra isla, no deban ser representados como una obra donde reine la destrucción y el odio, sino, sobre todo, el diálogo y el amor. Aunque parezca utópico, dentro de los mensajes entre líneas del documento uno puede leer la convocatoria para que la institución oficial abogue conscientemente por la experiencia de su partición para darle también lugar a otros sectores de nuestro tejido social a sentirse representados por ella.

Entre los grandes desafíos que tienen estos espacios de inspiración católica está el descubrir cuáles son los niveles de comunicación que desean manejar con respecto a otros actores de la sociedad civil, estatales o independientes. Hoy es sabido que el modo en que nos comunicamos implica siempre una propuesta relacional, qué tipo de vínculo pretendemos crear (amistoso, competitivo, paternalista, etc.). Por el momento, el primer paso sería definir una estructura sólida de articulación y también localizar los horizontes a los que se desea llegar. Un paso complejo, pues estamos hablando de procesos en construcción, donde todavía no existe un consenso general sobre el rol de cada cual de cara al futuro.

Un desafío conciso es pensar desde el evangelio cada posible acción, comprendiendo la fuerza y consecuencias de lo publicado o no publicado, el poder convocador de la oración (para darle espiritualidad al movimiento), el acento en las palabras precisas (para que sin faltar a la verdad se puedan construir espacios tangibles de diálogo), la naturaleza de las relaciones potenciales con otros actores, basadas en el respeto a las diferencias, y la capacidad de los líderes de estos procesos (aún sin definir claramente) de reconocer la importancia de su credibilidad y coherencia para evitar que estos movimientos sean etiquetados solo como clericales. Es clave dar desde estas plataformas ejemplos de solidaridad, donde laicos y consagrados se unen para construir en nuestra sociedad la verdadera amistad social.

Una caracterización de esta nueva generación de jóvenes católicos, podría ser la de sujetos entrenados en el arte de vivir entre fronteras, sobre todo por el desafío generacional que representa para sus familiares de mayor edad o

con militancia dentro del sistema oficial, sus demandas y deseos de participar de la construcción de la Cuba futura. Son muchachas y muchachos —sin entrenamiento político— dispuestos a reescribir su propia historia desde una espiritualidad cristiana cultivada en los deseos de apostar por el bien.

Para muchos, lo que presenciamos es solo un entusiasmo juvenil católico cubano, pero si uno lee con detenimiento sus acciones, es posible observar la profundidad de los principios que las guían; es esperanzador ver la dimensión espiritual de sus gestos, pues no tienen como centro alcanzar beneficios materiales. Sus palabras parecen gritar que no hay evangelización sin los deseos de transformar para bien el mundo. Para ellos, la acción de evangelizar no encuentra su sentido y su finalidad en la sola aceptación y transmisión de su contenido conceptual, sino que implica necesariamente la transformación hacia la caridad de las estructuras de pecado que marginan y matan la otredad de la persona y la sociedad. Esa Cuba del futuro soñada por ellos huele a esperanza. ♦

Notas

- 1 La entrevista íntegra puede ser consultada en “Fernando Pérez: El 27 de noviembre fue un viaje al futuro”, *El Estornudo*, 16 dic. 2020. Disponible en: <https://revistaelestornudo.com> (consultado 22 feb. 2021).
- 2 Conferencia de Obispos Católicos de Cuba: “Mensaje de Navidad de los obispos de Cuba”, La Habana, 12 dic. 2020, párr. 13.
- 3 “La defensa de la Revolución es la defensa de la democracia”, entrevista con el intelectual cubano Julio César Guanche, “La Joven Cuba”, Matanzas, 6 feb. 2021. Disponible en: <https://jovencuba.com/revolucion-democracia> (consultado 22 feb. 2021).

Los jardines de la Biblia

Daniel Montoya Rosales



El primer jardín de que se tiene noticia se atribuye a Nabucodonosor II, quien gobernó Babilonia entre 605 y 562 a. C. Una de las muchas cosas que hizo para embellecer su reino fue crear un hermoso jardín que complaciera a su esposa, acostumbrada a vivir rodeada de bosques y follajes. Él quería hacerla sentir más a gusto en una ciudad casi desértica, y así creó “los jardines colgantes de Babilonia”, una de las siete maravillas del mundo antiguo.

En la India, los jardines de los templos se consideraban sagrados, porque se decía que a los dioses les gustaba pasearse por ellos, ya fuera por el mero placer de respirar sus aromas o para asistir a los rituales que allí se celebraban. En Grecia, el jardín era como un regalo de Dios, un huerto que alimenta el cuerpo y alegra el espíritu, al que llamamos paraíso, visitado por el dios de la vegetación: Adonis.

El jardín es un hijo noble de la luz. Según un antiguo proverbio persa, quien construye un jardín deviene aliado de la luz, pues ningún jardín surgió nunca de las tinieblas.

Epicuro enseñaba a sus discípulos en los jardines de Atenas, y a esa escuela se le llamó “los del jardín”. Platón se refirió a la escuela estoica como “el jardín”, y Jesucristo enseñó en un jardín su famoso Sermón del Monte.

Hay jardines que parecen selvas, crecen en la soledad y el abandono. Cuba, cuando la encontró Colón, era un inmenso jardín primitivo, y así exclamó: “Esta es la tierra más hermosa [el jardín más hermoso] que ojos humanos han visto”. El origen del nombre de Cuba en aruaco es “tierra labrada”, “jardín”, “paraíso”. Los jardines están entre lo mejor de la novelística cubana del siglo xx: *Jardín*, de Dulce María Loynaz; *Paradiso*, de Lezama Lima y *El monte*, de Lydia Cabrera.

Según la Biblia, la vida comenzó en un jardín, el jardín del Edén. La palabra jardín en griego es “paraíso”, lugar de los amigos, lugar de enamorados, de los místicos, de los amigos de Dios, jardín de la hora del recreo. Allí hemos sido creados y recreados. Y decía Francis Bacon: “Dios todopoderoso, primeramente plantó un jardín”.

“La tierra prometida” es un jardín donde abundan leche y miel (Dt 26,15). El jardín es también una imagen de la vinculación con Dios, un Dios que convertirá el desierto en un Edén, en paraíso del Señor (Is 51,3).

En el Cantar de los Cantares los intercambios amorosos de la pareja ocurren en un huerto o jardín. Metáforas del jardín brotan de los labios de los amantes, porque el jardín es algo que denota belleza y fragancia: “mi hermana, mi novia es un jardín cerrado, un manantial, la rosa de Sarón y los lirios del valle”. “El cuerpo de la amada es para él un jardín de delicias, un jardín de granados y frutales exquisitos” (Cant. 2,1 y 4,12-15).

El místico ve a Dios en el jardín. “Dios mismo es un jardín”, según San Juan de la Cruz. Fue en un jardín donde, según el Génesis, Dios se paseaba simbólicamente y tomaba la brisa del atardecer. Este paraíso habitado por Dios es lugar de nuestro amor, de nuestras pasiones, de nuestras lágrimas y esperanzas. Es ahí donde nacen nuestros sueños y la felicidad que buscamos. “Uno está más cerca del corazón de Dios en un jardín, más que en ningún otro lugar sobre la tierra” (Dorothy Frances Gurney).

Es muy significativo que algunos de los grandes momentos de la vida de Jesús ocurrieron en huertos-jardines. Fue en un jardín donde enfrentó su destino, pasando en soledad y oración los últimos momentos de su vida antes de ser arrestado. Fue en el huerto-jardín, Monte de los Olivos o Getsemaní, donde muchas veces se reunió con sus discípulos, donde ocurrió la traición de Judas con su beso hipócrita, y donde todos los discípulos le dejaron solo y huyeron. Y fue en ese jardín-arboleda donde lo arrestaron.

Otro jardín en la vida de Jesús es el jardín de palmeras y cocoteros de la entrada triunfal en Jerusalén.

En el lugar donde crucificaron a Jesús había un huerto-jardín (el antijardín del Gólgota), y en ese jardín un sepulcro nuevo. Allí pusieron el cuerpo de Jesús. Pero lo mejor de todo fue su resurrección en un jardín donde en su primera

aparición María Magdalena lo confundió con el jardinero. Y san Pablo nos ha echado el mejor de los piropos en 1 Corintios 3,5-9: “Ustedes son jardín de Dios”.

La liturgia bizantina canta al árbol de la vida plantado en el Calvario, el árbol donde el Rey de los tiempos realizó nuestra salvación... brotando de las profundidades de la tierra y creciendo en el centro, santificando el universo. Es el significado holístico y cósmico de Cristo crucificado. La cruz como un árbol que se eleva desde la tierra hasta el cielo.

La Biblia comienza con un paraíso y termina con un nuevo paraíso en Apocalipsis 22,1-2. El vidente y poeta Juan de Patmos ha pintado nuestro futuro maravilloso en una ciudad-jardín, grande, inclusiva. El río y el árbol de la vida están en el centro de esa ciudad. Las hojas del árbol de la vida son medicinales para curar las naciones. Hay árboles de vida que producen cada mes un fruto diferente (níspero en marzo, chirimoya en abril, mangos en junio, aguacate en agosto). Toda una variedad para que nadie se aburra.

El genial pintor medieval Fra Angélico (1390-1455) pintaba el cielo con deliciosa ingenuidad, como un jardín, en que los pequeños frailecitos jugaban en círculo cogidos de la mano con santitas de camión y ángeles cantores. Y Lutero en 1530 escribió una carta a su hijo Hans, de 4 años de edad, donde le contaba una historia acerca de un bonito jardín en el que sería posible libremente coger frutas, brincar, cantar, tocar instrumentos y danzar. “Quien planta un jardín anuncia al Mesías”, afirmaba Rubem Alves.

Y san Hipólito decía: “El jardín es la comunidad o asamblea de los santos, árboles fructíferos plantados en la iglesia”.

El reverendo doctor Francisco Sabas Muguercia, farmacéutico, poeta y pintor, fue pastor de la Primera Iglesia Bautista de Santiago de Cuba, donde bendijo el matrimonio de mis padres y escribió este poema titulado “En mi huerto”:

*Cual fray Luis en su estancia cultivada
por sus manos, plantado tengo un huerto,
que es para mí como a la nave el puerto
después de haber rendido la jornada.
Aquí la gloria de mi Dios admiro
en este paraíso que me ha dado
donde estoy, ni envidioso ni envidiado,
gozándome en la paz de mi retiro.
Y si llega, después de mucho andar,
a mi estancia el cansado peregrino,
del agua, de mi pan y de mi vino*

*disfruta en el remanso de mi hogar,
y al partir, completando mis honores,
en búcaro gentil le doy mis flores. ♦*

Viene de la página 38

DANIEL MONTOYA ROSALES. Pastor jubilado de la Iglesia Presbiteriana-Reformada en Cuba. Ejerció su ministerio en iglesias bautistas durante los años en que laboró en la Convención Bautista de Cuba Oriental. Es profesor del Departamento de Teología Práctica del Seminario Evangélico de Teología de Matanzas.

AMÓS LÓPEZ RUBIO. Teólogo y pastor de la Fraternidad de Iglesias Bautistas de Cuba. Es máster en Ciencias Teológicas por la Universidad Bíblica Latinoamericana, de San José, Costa Rica, y doctor en Teología por el Instituto Universitario ISEDET, de Buenos Aires. Actualmente, integra el equipo pastoral de la Iglesia Bautista Ebenezer, de Marianao, en La Habana, y es profesor y decano del Seminario Evangélico de Teología de Matanzas. Autor de *Celebrando con los Salmos. Una guía bíblica para el culto cristiano* (2005) y compilador del libro *Liturgia, fiesta de la esperanza. Una introducción al culto cristiano desde una perspectiva ecuménica y latinoamericana* (2018).

CHERIE R. WHITE. Teóloga, educadora y misionera jubilada de la Junta General de Ministerios Globales de la Iglesia Metodista Unida, de los Estados Unidos. Doctora en Ministerio por el San Francisco Theological Seminary, de California. Ha sido decana y profesora de Biblia e Historia en el Seminario Metodista Doctor Gonzalo Báez-Camargo, centro de formación teológica y capacitación ministerial de México. Es autora del estudio “¡Las Pastoras! A Feminist Leadership Model for Methodist Clergywomen in Mexico” (2014).

Juan Ramón de la Paz: amor a la patria, al ser humano y a la iglesia

Amós López Rubio



Este 18 de abril hemos sido testigos, algunos en la distancia, de la Pascua del muy querido reverendo Juan Ramón de la Paz y Cerezo (1937-2021). Este pastor de la Iglesia Episcopal de Cuba y una de las inspiraciones del movimiento ecuménico cubano contemporáneo, anduvo entre nosotros sirviendo, acompañando, enseñándonos que el amor de Dios se hace real y eficaz cuando lo vivimos en todas las dimensiones de la realidad humana e histórica.

Fue ordenado diácono en 1960 y presbítero dos años después. Además de un servicio pastoral profuso en buena parte del territorio nacional (más de veinte congregaciones), dirigió varios departamentos y comisiones de trabajo de su iglesia. En el plano internacional representó a la Iglesia episcopal y al Consejo de Iglesias de Cuba en numerosos eventos, dando testimonio de la obra de las iglesias cubanas como protagonista del proceso, primero conflictivo y después de acercamiento y diálogo, entre las iglesias y el Estado cubano. Por varios años, representó en Cuba el trabajo de la Comisión Evangélica Latinoamericana de Educación Cristiana.

Graduado del programa de Maestría en Teología del Seminario Evangélico de Teología de Matanzas, dedicó buena parte de su vida a la educación teológica del laicado de la Iglesia episcopal a través del programa de formación de los Nuevos Ministerios, del cual fue fundador junto al reverendo Iván González. A los graduados de este programa dedica precisamente una de sus publicaciones, *Oraciones cubanas*, compendio de recursos para la liturgia de la iglesia.

Juan Ramón también será recordado por su coherencia de vida, por el modo auténtico en que articuló su fe cristiana con sus convicciones políticas. Entre muchas muestras de ello, es bueno recordar que fue delegado de la circunscripción 12 del Consejo Popular Vedado-Malecón. En una entrevista que le hiciera el periódico *Trabajadores* en 2005 le preguntaron por el color verde olivo de su sotana, algo que siempre le distinguió. El pastor respondió: “Por continuidad histórica con los sacerdotes patriotas como el Padre Sardiñas; por ideología, sembrada por mis padres comunistas”.

En efecto, una de las pasiones de este sacerdote fue la historia de Cuba y, dentro de ella, la historia de la iglesia, el modo en que esta formó parte del devenir de la nación. Además de ser uno de los fundadores del Instituto Superior de Estudios Bíblicos y Teológicos —actual Instituto Superior Ecuménico de Ciencias de las Religiones—, Juan Ramón fue profesor en este proyecto ecuménico de la asignatura Historia de la Iglesia.

La vocación ecuménica de Juan Ramón fue más allá de un activo ecumenismo entre las iglesias, para abrazar todas las causas humanas que apuestan por el diálogo, la comprensión y la paz. Su compromiso con el diálogo a partir de su fe le hizo ser uno de los primeros en advertirnos acerca de los peligros del fundamentalismo en todas sus manifestaciones, no solo para la vida de la iglesia y las religiones, sino del país. Cito sus propias palabras: “El diálogo abre el camino al Espíritu Santo, que nos inspira, que nos ilumina y nos capacita para dar frutos del Espíritu: gozo, alegría, amor, mansedumbre, benignidad, bondad, fe, templanza, paz (Gálatas 5); lo contrario es fanatismo, intolerancia, enemistad”.

Amor a la patria, al ser humano y a la iglesia, son virtudes que provienen del corazón de Dios y deben acompañarnos como cristianas y cristianos, en aras de continuar sirviendo con eficacia a nuestro pueblo. ♦

Soñar, luchar, vivir: un libro para la memoria y la esperanza

Cherie R. White



Siempre es una alegría ser convocados por el nombre de Ofelia Ortega, y esta noche, ese es nuestro quehacer: reflexionar sobre su obra escrita a través del tiempo, plasmada en este libro publicado por Cupsa. Agradezco a Oscar Báez, hasta hace poco director, por cumplir con esta tarea, y a Maritza Macín, directora actual, por su apoyo y esfuerzo al organizar la presentación del libro. También a Carlos R. Molina, de Cuba, quien compiló los artículos junto a su esposa, Beatriz Ferreiro. En los “Agradecimientos” está la lista de todos los que colaboraron de una u otra manera, y siempre hay que agradecer a Daniel Montoya, documentalista y compañero constante y amoroso, quien apoyó a Ofelia en esta travesía.

Conozco a Ofelia desde que yo era niña, viviendo en Matanzas y gozando de la vista de la bahía (tan bellamente captada por Jesús Martínez León, *Chuchi*, en la cubierta). Mi

Palabras pronunciadas en la presentación del libro *Soñar, luchar, vivir. Una teología desde la praxis y la visión de una mujer cubana*, de Ofelia Miriam Ortega (Casa Unida de Publicaciones, S. A., Ciudad de México, 2020), el 20 de mayo de 2021, en modalidad *online*, a través de la plataforma Zoom.

padre era profesor en el Seminario Evangélico de Teología (SET) de 1952 a 1960, y muchos de los alumnos —como Ofelia— de esos ocho años vividos en Cuba, siguen siendo amigos de la familia. ¡Así que llevo más tiempo conociendo a Ofelia que cualquiera de los presentes!

Este proyecto surge de la tesis de Ofelia para recibir el Doctorado en Ministerio con especialidad en Teologías Feministas Internacionales, del San Francisco Theological Seminary. Pero el libro no es la tesis, que esperamos pueda salir próximamente en inglés, sino una compilación de artículos que Ofelia ha escrito a través de su larga trayectoria como especialista en educación cristiana, pastora presbiteriana en Cuba, y teóloga/biblista en varios ámbitos a nivel internacional. Nuestra amiga y hermana Elsa Tamez escribe el prólogo, y el libro está compuesto de tres secciones: 1) Visión teológica y pastoral, 2) Para no olvidar y 3) Huellas de una vida.

La primera sección, “Visión teológica y pastoral”, se compone de veintitrés artículos organizados en orden cronológico desde 1979 hasta 2018, que abarcan una variedad de temas. La segunda, “Para no olvidar”, contiene siete artículos sobre personajes del ambiente latinoamericano que Ofelia homenajea. En su reseña sobre Sergio Arce me topé con la sorpresa de que Ofelia ¡nunca tuvo un examen antes de ordenarse! Mi única queja de esta sección sería que solo hay una mujer (Elsa), pero razones habrá. Y la tercera, “Huellas de una vida”, contiene cuatro entrevistas o reseñas que otras personas han escrito sobre Ofelia, y nos abren los ojos a su capacidad para abarcar tantos y variados aspectos en sus escasos 85 años.

¿Cuál es la novedad y por qué valió la pena publicar este volumen? Pues porque Ofelia tiene una vasta obra escrita, mayormente artículos, prólogos, estudios, etc., publicados en revistas y libros, pero dispersos a través del tiempo y los continentes; este libro reúne una porción significativa. Por otro lado, porque francamente no se ha prestado debida atención a las teólogas latinoamericanas/caribeñas, y otro día tendríamos que hablar de las razones (tengo varias ideas, pero no es el momento). Y, porque veo por lo menos cuatro temas generales en estos artículos, que son muy valiosos para entender más profundamente el quehacer teológico-pastoral-bíblico-religioso-pedagógico-social-sicológico y un largo etcétera de nuestra realidad latinoamericana. Debo señalar que cada tema no encaja en un cuadrado bien marcado, sino que son ejes transversales que cruzan todo pensamiento plasmado por Ofelia.

Temas generales del libro, que a su vez son ejes transversales

Cuba – América Latina y el Caribe

No hay cómo apreciar la obra de Ofelia, o de cualquier otra persona, fuera de su contexto geográfico-socio-histórico (“Yo y mi circunstancia”, como diría Ortega y Gasset, pero ese es otro Ortega). ¡Ofelia es cubana de nacimiento y de temperamento! El primer artículo del libro así lo establece: “La mujer cubana, su papel revolucionario y su lucha por la liberación en el seno de la Revolución y en la iglesia”. Y las reseñas biográficas sobre Rafael Cepeda y José Felipe Carneado nos recuerdan que ese temperamento cubano es alegre, tiene un buen sentido del humor, puede ser hasta jocosos, y es ecuménico (Carneado hasta es descrito como un “comunista ecuménico”). Para saber quiénes son, ¡lean el libro!

Si hay algo que aún no se ha entendido bien en el hemisferio y allende las plácidas playas cubanas, es el papel que han desempeñado la Revolución y las iglesias, especialmente las protestantes, en el contexto cubano, y Ofelia llena este vacío (con otros como Sergio Arce) desde su perspectiva. Por lo general, solo se escuchan pestes sobre “la perla de las Antillas”, y si cubanos llegan a otras tierras, se les dice “come y te vas”. Sea cual sea la realidad cubana, hay un pueblo que sigue viviendo ahí, y un buen sector de las iglesias que decidió colaborar en vez de negar, precisamente para el bien común del pueblo. Varios artículos nos ayudan a entender esto, incluyendo las reseñas de personajes cubanos que aportan, desde su fe, a su patria.

El ecumenismo

El pensamiento religioso de Ofelia está empapado de ecumenismo desde comienzos de su trayectoria profesional, y hasta debemos mencionar que va más allá, promoviendo las relaciones interreligiosas. A través de varios artículos (“El aprendizaje ecuménico: eje fundamental en la educación teológica de la mujer” y “Seminario Evangélico de Teología: setenta años de educación teológica para la misión en Cuba”, entre otros), el ecumenismo se vislumbra como una forma necesaria de vivir y trabajar en los ámbitos religiosos, como los que Ofelia ha experimentado dentro y fuera de Cuba.

En un momento histórico, cuando casi todo se ha polarizado, este punto es importante para una convivencia fraternal y sororal en lo religioso y lo secular.

Lo feminista

Ahora sí le entramos al meollo del valor de este texto, aunado al que sigue, la teología de la liberación, juntamente con la educación teológica. Lo feminista es un eje transversal fundamental. El concepto “feminista” ha sido vilipendiado en todo lugar, en todo tiempo, más en sociedades patriarcales (presentes en todo

el mundo), por medio de su expresión más nefasta: el machismo. Tristemente, México se gana el premio en lo nefasto, ya que estamos en primer lugar en “femicidios” en el mundo (hasta se acuñó esta palabra en México por la antropóloga Marcela Lagarde). Pero Ofelia nos ayuda a vislumbrar que “otro mundo es posible”, cuando ojos feministas (femeninos o masculinos) empiezan a leer el texto bíblico con una mirada no jerárquica, no autoritaria y sí horizontal, inclusiva, y toman en serio a los profetas, al Jesús de los evangelios y a la “Ternura en el Primer Testamento” (ver artículo de 2018).

Una visión puntual y atinada de la teología feminista está plasmada en su artículo “Mujeres cristianas y reflexión teológica feminista en el proceso revolucionario cubano”. Comparto algunas frases para los que aún necesitan claridad o se espantan con la palabra “feminista”. Ofelia declara:

Dos líneas fundamentales caracterizan nuestra reflexión teológica: la experiencia existencial de la búsqueda de nuestra identidad y nuestra experiencia de fe, vividas siempre al margen del poder y la autoridad. [...] Es la vida misma la clave para toda nuestra reflexión teológica. Por tanto, nuestro quehacer teológico trata de ser permanentemente incluyente, comunitario y participativo. [...] La experiencia cotidiana de la mujer es, siempre, una experiencia de relación. [...] Por ese motivo, se hace necesaria la participación de la mujer en la producción teológica: su contribución radicaliza el método de la teología, ya que hace teología a partir de su propia experiencia de Dios, de su propia espiritualidad [p. 245].

Su artículo “Algunos elementos para pensar hoy ‘lugares de epifanía’ en el contexto latinoamericano” también muestra su enfoque feminista, cuando dice: “En América Latina, con el paso del tiempo hemos ido descubriendo lugares epifánicos: los otros, los pobres, el sufrimiento del inocente, las luchas, la indignación ética [...]. Pero también las esperanzas, los gozos de la gente, son lugares epifánicos privilegiados, porque nos confrontan con el límite y con lo profundamente humano” [p. 222]. Estos son una muestra de “los lugares de salvación, reconciliación y justicia en América Latina” [p. 221].

Varios de estos artículos fueron presentados en talleres en iglesias de Cuba y otros lugares, como parte de su quehacer teológico con el Consejo Mundial de Iglesias. Y qué decir de su largo magisterio en el SET, donde sus clases de Ética y de Teología y Género han formado a pastoras y pastores. Además, como miembro del Parlamento de la nación cubana pudo aportar sus perspectivas en ese ámbito tan secular, y estoy a la espera de algún artículo donde nos pueda contar más de cerca esa experiencia única.

Teología de la liberación y educación teológica

Este último eje es esencial para entender el quehacer profesional, personal y pastoral de Ofelia. Si algunos creen que la teología de la liberación “ya pasó de moda”, van a tener que pensarlo de nuevo. Una teología euro-estadounidense-céntrica no es malo, pero no encaja en nuestra realidad poscolonial, neoliberal y de capitalismo salvaje. Ofelia aborda estas realidades, y teológicamente lo que funciona para ella es la teología de la liberación aunada a un pensar y un lente feminista y ecuménico, además de un ser cubana-latinoamericana-caribeña. Y la forma de comunicarlo ha sido por medio de la educación teológica.

En su ensayo “El final de la cristiandad y la nueva forma de la iglesia”, publicado en los Estados Unidos en 2000, aborda “el costo de ser una iglesia profética” y habla de los que han sido martirizados en el acompañamiento pastoral del pueblo latinoamericano. A la vez, se refiere a la esperanza y las utopías... Ah, y seguimos suspirando —no faltan, existen, pero ansiamos su presencia contundente. Este elemento profético, según Ofelia, debe estar en el quehacer pastoral que va aunado a la teología. Para ella es imposible, como hemos escuchado, que la iglesia no necesite teólogos, sino pastores. Están unidas la pastoral y la teología por la mancuerna hermenéutica y “surgen de una fe firme” [p. 256].

¿Necesitan más aliciente para echar mano de este libro bien cimentado en la fe y la Palabra de Dios? Surge de una mujer cubana, Ofelia Ortega, quien nos alienta con su optimismo, y quien nos lanza retos como rayos para la acción dentro de nuestro entorno personal, religioso y social. Gracias y ¡abrazos en abundancia, Ofelia! ♦

Permanezca el amor fraternal [Mensaje del Consejo de Iglesias de Cuba en ocasión de su 80º aniversario]

La Habana, 28 de mayo de 2021.

Hace hoy 80 años, en el templo de la Primera Iglesia Presbiteriana de La Habana, en Cuba, un grupo de líderes cristianos de varias denominaciones y la Sociedad Bíblica Americana, fundaban el Concilio de Iglesias Cubanas, en la actualidad Consejo de Iglesias de Cuba (CIC).

Esos primeros hombres y mujeres, movidos por la oración del Señor que clama “que todos sean uno para que el mundo crea”, estaban inspirados por la siempre pendiente y necesaria tarea de la unidad. Los movía el amor a Cristo, y el amor a Cuba, nuestro campo y lugar de misión.

Así se comenzaba una obra gigantesca, que llenaría la historia de esta isla y de su iglesia de testimonios de compromiso, solidaridad y esperanza. Desde los primeros momentos el servicio fue una meta esencial. Se promovieron las primeras pequeñas campañas de alfabetización realizadas en Cuba, los programas de servicios de salud gratuitos para los más pobres y vulnerables, el concepto del cooperativismo como una solución a la situación de pobreza y de explotación que se vivía.

Ochenta años después, la madurez alcanzada nos centra en aquel lema de la Celebración Evangélica Cubana: “Paz, Amor y Unidad. Jesucristo por todas y todos y para todas y todos”. Hoy somos cincuenta organizaciones miembros que abrazan las más disímiles confesiones protestantes, así como ortodoxas y otros asociados.

Nuestro impacto nacional abarca todas las provincias y territorios del país. En la esfera internacional nos prestigia la membresía en el Consejo Mundial de Iglesias, ACT Alianza (Acción Conjunta de las Iglesias), Consejo Latinoamericano de Iglesias y la fructífera interrelación con Organizaciones Basadas en la Fe, instituciones civiles y gubernamentales de Cuba y del mundo. A partir de nuestro Estatus Consultivo ante el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas, colocamos el nombre de nuestra iglesia, nuestro pueblo

y nuestro Dios siempre en alto, para honra y gloria de Cristo, nuestro Señor y Salvador.

Hoy confirmamos y afirmamos delante de Dios, nuestra vocación de unidad en el servicio. Somos pueblo cubano, juntos y juntas, en este momento crucial que vivimos, con el compromiso de orar y servir, de continuar buscando y trabajando en los caminos del amor, de la paz y el diálogo, para llevar la esperanza de Dios a los más vulnerables de nuestra sociedad y nuestro mundo.

“Permanezca el amor fraternal” (Hebreos 13,1), es el texto bíblico que ha sido seleccionado como lema para este año 2021. Estas sencillas palabras nos invitan a que sea el amor lo que prime entre hermanas y hermanos de la familia extendida que conformamos las personas seguidoras del mensaje de Jesucristo. Ese amor que llama a la solidaridad, que ayuda a superar barreras, a enfrentar las dificultades, a permanecer juntos más allá de las diferencias y los temores; ese que, en definitiva, nos acerca más al Dios que permanece siempre con nosotros, dándonos su bendición. ♦

Rev. Antonio Santana Hernández
Presidente

PP. Joel Ortega Dopico
Secretario Ejecutivo



Nuevo programa

DOCTORADO EN MINISTERIO (D.Min.)

Lugar donde se desarrollará el programa:

Seminario Evangélico de Teología de Matanzas, Cuba.

Persona de contacto:

Lic. Sissi Subiaurt Silva,
Secretaria del rectorado y docente
✉ s.subiaurt@seminario.co.cu
☎ oficina: (+53) 4529 0575

SEMINARIO EVANGÉLICO DE TEOLOGÍA MATANZAS – CUBA (SET)



GRADUATE THEOLOGICAL FOUNDATION ESTADOS UNIDOS (GTF)

Características generales: Este programa, eminentemente ecuménico e incluyente, ofrece un D.Min. profesional a pastoras y pastores cubanos y latinoamericanos con experiencia en el liderazgo ministerial, así como a personas laicas que se han venido desempeñando activamente al frente de otros ministerios eclesiales. También damos la bienvenida a solicitantes del extranjero que tengan habilidades básicas de habla y escritura española.

Objetivo general: Contribuir a la profundización y especialización del cuerpo pastoral, así como de personas laicas que se desempeñan en otros ministerios en las iglesias locales, a fin de ampliar su competencia profesional, con la adquisición de capacidades y herramientas necesarias para la planificación y gestión de los ministerios eclesiales.

Requisitos para ingresar al programa

- Ser graduado de Licenciatura en Teología o Maestría en Teología o equivalente otorgado por una institución de educación teológica reconocida por la GTF y el SET.
- Encontrarse trabajando activamente en un cargo pastoral o desarrollando otros ministerios, con no menos de cinco años de experiencia, lo cual se expresará en un documento aval que expida la dirección de su Iglesia nacional.
- Someterse a una entrevista personal por el Departamento de Posgrado del SET.
- Poseer habilidades para la lectura de documentos en idioma inglés.

Requisitos para obtener grado académico

- Acumular un total de 36 créditos.
- Escribir el proyecto final doctoral, con la aprobación de la facultad.
- Culminar los estudios en un período no mayor de tres años, a menos que circunstancias de salud, política u otros inconvenientes mayores lo impidan. La administración atenderá cada caso en particular.

Calendarización del programa

- El programa constará de dos y medio períodos académicos. Se efectuarán dos encuentros presenciales por período, de dos semanas de duración cada encuentro, venciéndose dos cursos en cada uno.
- El proceso de entrevistas personales y matrículas se efectuará durante el mes de junio de 2021.
- El primer encuentro se efectuará durante los días 15-19 y 22-26 de noviembre de 2021.

Costos: Se cobrará una matrícula de 1,200 € por año que cubre todos los costos académicos, además del alojamiento y la alimentación.

Estamos viviendo un momento de mucha incertidumbre, de “no saber cómo”, de “no ver más allá”, en toda la realidad social del país; y el servicio que brindamos en los talleres responde a una realidad concreta: un pueblo, un barrio, su gente. Creo que para salir de la crisis no hay recetas preestablecidas; más bien debemos buscar claves que orienten lo que hagamos, algunas intuiciones —como Jesús— desde abajo, desde dentro. Hemos de acompañar la vida y la experiencia concreta de cada uno, tratando de rehacer el tejido humano, aportando con los recursos disponibles a la formación en valores y criterios que edifiquen su vida y les ayuden a edificar la de este pueblo. Tendremos que ser muy creativos en todo sentido; tendremos que reinventarnos el futuro juntos, y así generar nuevas esperanzas y horizontes.

Sor Iyala Farías Quesada, h.c.
Coordinadora de los Talleres Educativos
de la Iglesia y Convento de la Inmaculada,
La Habana (2021).